LAS FRONTERAS

Carolina Sarmiento

Siruela Nuevos Tiempos



Carolina Sarmiento

LAS FRONTERAS

Siruela

Nuevos Tiempos

Edición en formato digital: febrero de 2026

En cubierta: ilustración © Marta Amigo
© Carolina Sarmiento González, 2026
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© Ediciones Siruela, S. A., 2026

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, *www.cedro.org*) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 979-13-88032-40-0

Conversión a formato digital: María Belloso

«En su sueño podía oír los caballos caminando entre las rocas y podía oírlos beber en la oscuridad de los charcos poco profundos donde las piedras eran suaves y rectilíneas como las piedras de antiguas ruinas y el agua goteaba de sus hocicos y sonaba como agua goteando en un pozo y en su sueño vio caballos y los caballos de su sueño se movían gravemente entre las piedras inclinadas como caballos llegados a un paraje antiguo donde había fallado una ordenación del mundo y si se había escrito algo sobre las piedras, la intemperie se lo había llevado y los caballos eran cautelosos y se movían con gran circunspección, pues llevaban en su sangre el recuerdo de este y otros lugares donde en un tiempo hubo caballos y volvería a haberlos».

CORMAC MCCARTHY,
Todos los hermosos caballos

UP/CTS. Informe definitivo y acuerdos sobre gestión planetaria y límites de la Tierra

A saber: Derivado de los últimos estudios de los comités expertos en gestión planetaria, queda establecido el nivel crítico para la continuidad de la vida en la Tierra. Ante las medidas de emergencia que la perentoria intervención exige, los encargados de políticas de actuación reunidos con los representantes de todas las naciones han deliberado y evaluado los posibles riesgos y beneficios de las diferentes decisiones sobre el uso y aprovechamiento de la Tierra. Como conclusión, reunida la UP en sesión plenaria en lugar neutral, todos los representantes que figuran en la rúbrica quedan comprometidos con el Tratado de Desocupación.

TRATADO DE DESOCUPACIÓN

Disposiciones generales

1. Queda constituida la Unión de los Pueblos (en adelante UP) como órgano supremo a partir de la rúbrica del presente Tratado.
2. La adhesión a la UP es obligatoria para todos los gobiernos sin excepción.
3. Los expertos que integran el Consejo Técnico de Salvación (en adelante CTS) ostentan la competencia absoluta en el dictado de las medidas para deshabitar la mitad de la Tierra. Los nombres de los integrantes del CTS no se harán públicos por motivos de seguridad.
4. Queda constituido un cuerpo de guardas fronterizos. Serán la máxima autoridad del emplazamiento.
5. El CTS revisará periódicamente la situación de los territorios desocupados. En función de los resultados se valorará una reinserción controlada transcurridos cien años.
6. Es obligatoria la didáctica del Tratado en centros escolares y de trabajo, a través de los medios de comunicación y de charlas públicas.
7. Se crea el Día de la Salvación en memoria del atentado.

Medidas

1. Se despoblarán las islas, territorios extremos y fronteras bélicas indicados por el CTS.
2. Las regiones afectadas tienen un periodo de diez años para su total desmantelamiento. En caso de que cumplido el plazo aún queden habitantes en la

zona estos serán evacuados a un lugar más propicio.

3. Se reubicará y dotará de una renta universal a los afectados por la reorganización territorial. Se favorecerá la unidad familiar de los evacuados.

4. La población que desee permanecer en los enclaves señalados adquiere el deber de participar en la limpieza. A cambio se asegura su manutención. En caso de abandono o fallecimiento sus viviendas y enseres serán destruidos y reciclados.

5. Se decreta la eliminación de cualquiera de las industrias declaradas como contaminantes.

6. El patrimonio de dichas industrias será requisado por la UP para financiar la operación.

7. Se prohíbe la construcción en las zonas desocupadas. Cualquier reforma deberá ser justificada ante el CTS y aprobada por dicho órgano.

8. Queda prohibido tener hijos en las regiones afectadas.

9. En la mitad habitada del planeta, hasta nueva disposición, queda prohibido concebir más de un hijo por unidad familiar.

10. Queda prohibida la pesca en ríos, mares y lagos de todo el mundo.

11. Queda prohibida la caza y la tala en las zonas desocupadas.

12. Las poblaciones que incumplan el tratado serán erradicadas por vía urgente.

24

Sueño mucho. O tal vez sueñe igual que todo el mundo, pero recuerdo más de lo que querría. Y eso es un problema, sobre todo en este momento. El deshielo de los años, eso ha de ser. Cargados, viscosos, con su zumbido y su sed, desconfío de ellos como antes lo hacía de los mosquitos. La sangre está llena de información y los sueños la absorben. Se saltan todos los controles, son cuervos en desbandada, y no tengo defensa cuando deciden lanzarse en picado y arrastrarme con sus garras hasta los pozos donde se enturbia la memoria. Quién puede frenar su ataque, cómo. A veces me despierto lleno de plumas, así lo siento, pero de esas cosas no se habla. No te sinceras sobre el monstruo que tú mismo has creado. Son ya demasiadas las horas rendido al capricho de esas aves. Incluso acabados los sueños, continúan graznándome al oído. Por eso los anoto: para arrancármelos.

23

Esta mañana, nada más despertar, tomé el cuaderno. Lo tengo junto a la cama para reducir al mínimo el tiempo de traslado de los sueños a la página. Anotarlos siempre me calma. Pero lo de hoy es distinto.

Al abrirlo, me encontré una fotografía. No sé durante cuánto tiempo estuve mirándola hasta que me atreví a cogerla. Era una imagen de mi último sueño, el que todavía me removía la sangre. La sostuve entre las manos como a un cachorro recién nacido. Repasé con el dedo su perímetro para cerciorarme de que era real, y el surco en mi yema tardó en desaparecer. La piel delata; estaba despierto. Quién y cómo había traspasado una frontera imposible para deslizarse en mi cabeza, para fotografiarme el inconsciente. Ni un pálpito, ni una intuición, solo una posibilidad que descarté de inmediato: no podía haberla hecho yo. La acerqué, y al inspirar, me alcanzó su olor a químicos. Los sueños no huelen, pero tal vez los fantasmas sí. Pensé en Aki. Era su caballo, salvaje y hermoso, el que galopaba en mi sueño. Y allí estaba ahora. Un instante onírico, un robo retratado en blanco y negro.

Aki, susurré, y su nombre sonó muy distinto a cuando lo llamaba entonces. La emoción viste las palabras: mismas letras y, sin embargo, otro canto. Así que levanté el cuaderno e hice atropelladamente lo de siempre, convertir con urgencia el sueño en tinta para hacerlo sucumbir. Esto fue lo que anoté:

> Primero solo un golpe insistente. Bum. Bum. Después me alcanzó un relincho. Alargué el cuello y lo vi. Estampaba la cabeza contra las puertas de un remolque. Embestidas, cañonazos. Yo estaba sentado en la mecedora del porche sin más acción que la del balanceo. No moverse, pero al mismo tiempo moverse, el estímulo está servido. Sentado bajo el cielo, a expensas de la noche, contemplaba el intento de aquel caballo por huir del remolque. Me alcanzaba su furia como un látigo. Cada impacto rebotaba también en mi pecho. Era algo compartido. Tras varios intentos, las puertas se abrieron con un estallido, el animal dio un salto y, de inmediato, echó a galopar. Seguí su

ascenso por la ladera. Parecía interminable la curvatura de la Tierra. Un carrusel, y sobre su giro, un caballo que huye convertido en juguete. Observaba fascinado su carrera, su belleza, su velocidad, su empeño contra el viento. Y, de repente, transformada la mirada en imán, se plantó frente a mi casa. Salí a su encuentro y sin ningún temor le acaricié el lomo. Era el caballo de Aki. Entendí en el acto su mensaje. Juntos de nuevo, al fin, me dijo. Y repetí su mensaje en voz alta, me apropié de él. Me abracé a su cuello y mientras nos mecíamos juntos, de improviso me mordió en el hombro. El animal se había transformado en una bestia, en un emisario del mal.

La intensidad del dolor me despertó. Humillado, saboreando algo parecido a la traición, me senté al borde de la cama y me quité la camiseta de un tirón. Ni una marca. Sin embargo, un dolor fantasma persistía; una inquietante morfología de la nada. Cerré el cuaderno con la fotografía del caballo soñado dentro. Hoy es el primer día de algo que ignoro.

22

Que en ese almacén no habría más que hierros era lo esperable, pero lo insólito se cuela hasta en los desguaces. Si somos apasionantes es porque escapamos a lo predecible. El carnicero había escondido la herencia bajo los muelles de una cosechadora, y eso atenta directamente contra la lógica. Pero yo ya no cuestiono esas cosas. He aprendido, igual que todos, que la única ciencia exacta es el desengaño.

Recibí su llamada ayer a la hora a la que antes comenzaban los trabajos oficiales. Puntual como un patrón que controla a sus empleados, el teléfono sonó con estridencia. En una casa habitada por una única persona cualquier ruido es una amenaza. Estaba tumbado en la cama, con los ojos abiertos y las manos detrás de la cabeza. La mente lejos y el cuerpo en reposo. Empiezo a mejorar, pero temo que la recuperación no sea completa. Quedarme cojo sería un castigo. El timbrazo rompió un momento precioso, el carbonero estaba trinando y yo lo escuchaba como un regalo, porque son pocos y se esconden. Cuando era niño llenaba libretas con dibujos de los pájaros que avistaba. Este ejemplar, tal vez descendiente de aquellos de la infancia, me invita a la evasión desde una zarza cercana. Son tan leves, tan insignificantes sus huesos cuando los recojo del suelo para tirarlos a la fosa. Primero fue la tala y después el río. Los hemos dejado sin cobijo y con el agua envenenada. Muchos no han regresado de sus migraciones. Puede que se hayan perdido en su viaje o que sepan que la taiga ya no es segura. Enfrentaron el viento y la intemperie, pero caen sobre la tierra blandos como el algodón. Frágiles y fuertes, igual que las personas más valiosas.

El teléfono extinguió definitivamente la voz del carbonero, no se daba por vencido quien fuera que me requiriese, así que alargué el brazo para contestar. El carnicero hablaba bajo, rápido, con

vergüenza o indecisión, no era un tono urgente de auxilio. Mencionó de corrido la maleta, el almacén, el dinero. Tras un silencio compartido, le dije que lo había anotado todo, que haría unas llamadas y volveríamos a hablar más tarde. Como un cuchillo romo, la voz del carnicero me rogó que me acercara hasta el almacén. Pero aun sin filo un cuchillo sigue siendo un arma. Quería hablar cara a cara, dijo. Y colgó.

Me costó desprenderme del pijama, asearme, ponerme el uniforme y salir de la ensoñación de pájaros y zarzas. Miré los esquís, pero los descarté de inmediato. Hace unos años no me lo hubiera pensado, pero ahora hay tramos sin nieve y en invierno no queda otra que caminar. Sé que todavía no estoy preparado, aún no es el momento de poner a prueba el pie.

Acudí, escuché y, claro está, fingí creer lo que me contaba. Un robo en nuestras circunstancias es un sinsentido. Ha desaparecido una maleta. De cuero granate y hebillas doradas, llena de billetes. Lo guardé por si la niña iba a la universidad, menuda estupidez, ¿verdad?, dice. Ante un hombre que llora no se puede hacer nada y, menos, ante este. Sus frases nunca son completas y se salta las normas de la gramática como un preescolar. Podríamos pensar que su educación ha sido insuficiente o que es tímido, pero algo hay en su titubeo, en su mirada perdida y en sus comentarios inseguros sobre asuntos que no vienen a cuento que apuntan a algo más hondo. Dudo si sus lágrimas se deben a la frustración del dinero perdido. Su falta de elocuencia no ayuda. ¿Sospechas de alguien?, ¿sabían en el pueblo lo de la maleta?, pregunto. Mira hacia abajo y niega con la cabeza. ¿Seguro?, insisto, y asiente aún con la mirada en el suelo. Se embrolla hablando de la siembra, de los jornaleros, de la caza. Habla de otros tiempos. No entiendo qué pretende, así que anoto la cantidad, la ubicación, las características y mis propias dudas. ¿Sabía la hija?, ¿sabía la mujer?, continúo. A ambas responde nervioso que no, y que, aunque vivan lejos, no deben enterarse, que hace tiempo que no se comunican, que por favor no las llame para esto. Su llanto se apaga para dar paso a la amenaza contenida en unos puños apretados. Parece el gesto de un mal actor. Puede que la frustración hiera más que la pena.

No les digas nada. Ni a ellas ni a nadie del pueblo. Jefe, tienes que investigarlo en silencio y tienes que cogerlos. Por eso te he hecho venir, para que me lo jures en persona, dice. Yo solo asiento con la cabeza para que me suelte cuanto antes el brazo que me aprieta mientras repite: ¡Júramelo! Apártate, no me toques, me digo sin mirarle a los ojos. Hay pensamientos que atraviesan el espacio y la carne. Y me suelta.

Esta vez no hay seguro que cubra su torpeza. Le describo la burocracia a seguir, el registro formal de su denuncia, el proceso abierto. Le recuerdo también su compromiso de comunicármelo si recuerda algo nuevo. Por mi parte, debería hablar con la muchacha y también con la mujer. Entrometerme en su cotidianeidad con preguntas incómodas. Sospechar, ser odiado. Pero al mismo tiempo ser cómplice, que el hombre crea que no he traicionado su confianza cuando aparezca por su carnicería. También tendré que llamar a los vecinos del almacén. Es importante no asustar al niño, sonreír y ponerme a su altura, por poco que me guste mirarlo a los ojos. A los padres siempre les relaja que se contemple a sus vástagos. Su sueño de huerta y granja es solo el principio, en breve querrán más. Porque si ese niño ha nacido es que confían en un cambio. El dinero, aunque de nada nos vale aquí, no crece de la tierra. Han de contar con algún plan o estar muy locos para tener descendencia en este pueblo.

Mi primer impulso es creer que fue un forastero quien redujo a eslabones la gruesa cadena de hierro, pero soy consciente de mi autoengaño. El otro, el extraño, es tan solo alguien pendiente de conocer. El riesgo está más cerca, en lo próximo, y aquí no somos ni diez vecinos. Una vez tejida la red de confianza del sé quién eres, del conozco tu nombre, tu aspecto y tu casa, aparece la trampa de la cotidianidad. Que haya venido alguien de fuera a robar es una posibilidad peregrina; apenas recibimos visitas y estas son bajo petición. Necesitan mi permiso. Así que, quien haya sido, es del pueblo.

Observo despacio la escena. No hay nada más forzado, ni ventanas ni cerraduras rotas, solo trozos de cadena como migas de pan esparcidas para cazar a un ratón. De cerca, la cosechadora no revela

más que antiguas manchas de grasa y restos de hierba seca. La hipótesis de que sea un vecino o incluso que el propio carnicero trate de enredarme es tan incómoda como el instinto que me susurra que esas son las líneas a seguir. ¿Tanta sed de dinero a estas alturas? ¿Para qué, si no es más que papel del pasado, si aquí no quedan más que viejos sin tiempo y sin deseo?

La lógica en cuestión, de nuevo. No tiene sentido, pienso una y otra vez mientras levanto una gamuza agujereada o aparto un zapato que reconoce como suyo o tiro de una tela que cubre una bicicleta con las ruedas deshinchadas. Todo esto debes retirarlo, le recuerdo. Sabes que no está permitida la basura. Pero sigue sin decir nada, ha repetido su discurso a mi llegada, idéntico al que me adelantó por teléfono, y a continuación ha cesado como el trino del carbonero. Me apremia con su mirada. Quiero quitarme el peso que me está echando encima. Quiero volver a la cama, estirar la pierna y descansar el tobillo sobre un cojín. Quiero hibernar y estar recuperado cuando llegue la primavera. Más que nunca necesito correr, vaciarme, no pensar. No soporto la expectativa de sus ojos cobalto, ni que él, ni nadie, espere nada de mí. Pero, con una concreción nada habitual en él, lo verbaliza con la más asfixiante de las fórmulas. Por favor, encuentra la maleta, nada bueno se puede hacer con ese dinero. Lo masculla entre dientes con la dificultad de quien ha recorrido un largo camino de duda hasta caer de rodillas. Antes de irme lo amenazo con llamar a la pala excavadora si no retira sus trastos y le recuerdo que los operarios arramblarán sin miramientos con todo, casa incluida. Toda esta retahíla de autoridad no sirve para quitarme de encima una sensación extraña.

Me voy con la semilla de la confusión plantada en el estómago. Siento que ha callado lo que sabe y que, al mismo tiempo, lo ha confesado todo.

21

Soy menos que un silbido del paso del hombre por la Tierra, pero he visto lo bastante sobre nuestra especie. Lo he observado desde el visor y, a continuación, también yo he disparado. Y en menos de tres generaciones el mundo ya no es habitable. Es tan absurdo que resulta imposible explicarlo. Hemos viajado miles de millones de años luz para llegar hasta aquí y rompernos el corazón, leí en alguna parte. Por eso elegí ser guarda, para que al menos este pueblo pase como es debido el testigo a la naturaleza. Nuestra historia transita entre la distopía de un mundo que ha dicho basta y la utopía de una esperanza de salvación.

Este es el asentamiento habitado más al norte del continente. Se supone que hace más de siete mil años ya había humanos aquí. Lo dató a principios del siglo pasado un equipo de arqueólogos coincidiendo con la construcción de la fábrica. Varias décadas después se confirmó cuando levantaron la presa. Al remover la tierra se toparon con una profunda caverna natural y el análisis del yacimiento arrojó la fecha. Encontraron huesos, vasijas, útiles y una cabeza de alce tallada en madera de pino que, junto al resto de hallazgos, fue enviada de inmediato al laboratorio del Museo Nacional. Allí continúan, en un edificio con tienda de recuerdos, calefacción y moqueta. Reliquias despojadas de alma. Lo que no han podido robarnos son las pinturas que aparecieron en la cueva de la Gran Roca. Esas no se las pueden llevar. Es el lugar de reunión de los cazadores, donde una vez al año honran a sus ancestros y se reafirman en lo que son. Sentados sobre pieles, beben el licor macerado durante el invierno frente a quienes antes que ellos persiguieron otras manadas. Cuando el alcohol los desborda, alguno aúlla frente a los trazos que atestiguan que una vez hubo aquí osos y rinocerontes lanudos. Su extinción les duele, por eso la perpetúan en cántico y leyenda.

El encuentro ha ido a menos, como todo en el pueblo. Este último verano solo entraron en la cueva tres cazadores, los únicos que quedan. Mi deber era vigilar, pero preferí esperar fuera, dejarlos solos con su ritual. Las pinturas son sagradas para ellos, se cortarían un brazo antes que dañarlas. Recuperan las historias que les contaban sus abuelos. Ningún lugar mejor que la Gran Roca para pedirles perdón por abandonar sus esqueletos. La normativa prohíbe trasladar los cuerpos. Los restos ya son parte de la tierra.

La cueva guarda la contradicción que soy. Mientras esperaba, tarareé sobre sus voces nuestro himno. Ellos lo entonaban con solemnidad; yo, con nostalgia. Me tentó bajar y ofrecer mis respetos al recuerdo del abrazo protector de mi padre. Me sorprendió que salieran con un ánimo casi alegre porque la fiesta ya no se puede llamar así desde que sentenciaron el futuro de este lugar. Cuando se alejaron, bajé para comprobar que estuviera todo en orden. El olor a humedad catapultó el recuerdo infantil, cuando los hombres me zarandeaban con camaradería y decían: en breve serás tú, pronto abatirás tu primera presa. El brazo de mi padre bailaba sobre mis hombros al ritmo de las arengas, y yo me movía con él en una cadenciosa repetición iniciática. No me sofocaba la falta de oxígeno en la cueva, sino las expectativas. Yo quería estudiar el vuelo de los pájaros, no matarlos. El esquemático trazo rojo y negro de los cazadores prehistóricos volvió a gritarme desde las paredes lo simples que somos. Inalterable siglo tras siglo. Debí tomarlo como una premonición.

Lo que los años y las ceremonias no han llegado a corromper lo está logrando el aumento de la temperatura. La piedra ha comenzado a sudar y el polvo de cobre se desangra. Sé que debería avisar al Museo para que la sellen. Y que no debería importarme, al fin y al cabo, las pinturas están recogidas en vídeos y en libros. Historia y cultura ya han sido diseccionadas con el bisturí de los cirujanos de la crítica. El nombre del pueblo desaparecerá, dejará de ser frontera. Hemos diezmado este rincón inhóspito del planeta durante demasiado tiempo, pero eso va a terminar. Sin pasado, seremos olvido. Así ha de ser.

20

Tuve la ocasión de huir de aquí cuando me reclutaron para la Primera Guerra. Me dije que así evitaría mi destino, que vería mundo, que la lucha acabaría pronto. Pero a una guerra siempre le sigue otra guerra y la supervivencia me convirtió en profesional. Regresé al pueblo con más muertes encima que varias generaciones de cazadores. No quedaba nadie de mi familia, solo ancianos de los que apenas me acordaba. Ya eran viejos cuando me fui y más viejos y con más rencor cuando volví. Daba igual que yo fuera tan de aquí como ellos. Nos despreciaban. Mi nombre estaba manchado por lo que hizo mi padre.

La bala lo sorprendió cuando, después de días de discusiones con los demás cazadores, ese hombre de puño firme y voz enérgica que fue mi padre decidió liberar al osezno atrapado en el cepo. Nadie se responsabilizó de la trampa y nunca llegó a esclarecerse si el disparo fue fortuito. Mi madre optó por callar. Solo pegó su frente a la mía y me hizo prometer que jamás cazaría. Y en su imperativo encontré el alivio.

Nadie me aprecia aquí, y me parece justo. Desde mi regreso soy quien les prohíbe cruzar la franja y disparar. Su rechazo me ha despojado incluso de mi nombre, para ellos soy el guarda o el jefe o solo un saludo mudo con la barbilla. Con todo, lo prefiero al mero número que fui durante las guerras e incluso a mi propio nombre. Qué es un nombre si no se pronuncia con respeto. Su repudio ha hecho más fácil la soledad que buscaba cuando decidí volver; me he mantenido distante y atento a su frustración. No nos tuteamos, no nos confundimos. Fue con la llegada de Aki cuando las horas empezaron a revolverse.

Sucedió hace apenas unos meses, cuando decidieron que la defensa marítima se daba por concluida. Podía haber elegido un destino más atractivo, pero, según me contó, tantos años en un

barco lo habían desnortado, necesitaba volver a casa una temporada. Su presencia en el pueblo era tan exótica como la de un ave tropical, pero repetía que aún le quedaba su tío y que quería despedirse antes de que el lugar se deshabitara del todo, que en el mar se acordaba de los bosques y anhelaba volver a sentirlos. Porque Aki hablaba de sentir. ¿Sientes ese olor a lluvia? ¿Sientes cómo suena el río? ¿Sientes? Cuando apareció yo estaba solo en mi casa y solo en mi trabajo. Estaba como quería, lejos de la humanidad y cumpliendo con mi tarea de alejar a la humanidad. Pero él empezó a hablarme de los colores de la tormenta, de la sombra de los cetáceos, de las auroras reflejadas en el espejo del mar. Aki subía a mi casa al final del día y gritaba mi nombre. Con todas sus letras y sin rencores. Por la extrañeza o quizás por el rumor de la intuición, yo temblaba del otro lado de la puerta. Pero al abrirla, lo saludaba con frialdad, ignorando la fractura cada vez más profunda en mi coraza. Aki me hizo vulnerable.

No lo esperaba. No imaginé nunca que el niño tímido que conocí de pequeño llegara a reír tan fuerte. En los años en los que se convirtió en ese otro, yo apretaba el gatillo y me arrastraba por suelos embarrados, enterraba compañeros y amordazaba enemigos, me encogía en la trinchera y tiritaba en la noche. Mientras yo me transformaba en hierro, él atestiguaba el desplome de los icebergs desde un buque de vigilancia, leía y cantaba y dibujaba, y antes de acostarse veía girar las constelaciones. La guerra solo le llegaba a través del transistor. Yo no tenía nada bueno que contar. Él hablaba del mundo y yo escuchaba imantado. Y juro que en absoluto podía esperarme lo que después sucedió.

19

La mañana era fucsia cuando salí del almacén del carnicero. El cielo derrochaba una energía electrizante para esas alturas del año, un vigor extraño que jugaba a mi favor. Aún me quedaban por delante unas cinco horas de luz para moverme por el pueblo sin necesidad de apuntar a nadie con la linterna. Debía comportarme con normalidad. Llamar a la puerta de un vecino cuando anochece solo se hace para compartir una botella o para llevar malas noticias. Y yo, salvo con Aki, no bebo acompañado.

La nieve podría ser la prueba de que una vez hubo un dios. A pesar del riesgo, el instinto me pidió que atajara por la laguna. Tal vez, me susurró, este sea el último invierno blanco. Apoyé el pie, parecía firme, aunque cada crujido probaba mi temeridad. Resultaba tan tentador abandonarse al azar del hielo como en otro tiempo lo fue atravesar un campo sembrado de minas.

Mientras avanzaba por la laguna aún bullía en mí el enigma. ¿Quién sabría que el carnicero, ese hombre cualquiera, escondía un auténtico botín en aquel chamizo? ¿Habría confiado el secreto a alguien o habrían entrado y removido la chatarra por curiosidad? Si escarbamos lo bastante hondo de nuestras ruinas siempre afloran tesoros. Sean los que sean, el oro bajo la paja.

El viento agitaba sin piedad las copas de los árboles. No cesa en su erosión, como tampoco yo en mi empeño. Asumí esta misión con convencimiento, pensando en lo trascendental del objetivo. He sido implacable desde que llegué. El paisaje debe recuperarse del todo. Que no entren cazadores a la franja, que se retiren los escombros del pueblo, que vaya desapareciendo todo rastro humano. Y que nosotros, los que quedamos, seamos los últimos habitantes. A eso me dedico. No vine aquí a jugar a policías y ladrones.

Me calé el gorro hasta las orejas y me ajusté las gomas de la capucha. Apenas había avanzado un centenar de pasos cuando

escuché gritos y un retumbar. Tres hombres perseguían a un caballo de movimientos descontrolados. Era locura transitoria o todo lo contrario: ansia de libertad. Los retaba, levantado sobre las patas traseras. De repente, al divisarme, el animal se amansó por completo, y con un trote digno avanzó hacia mí. Se aproximaba tocado por el mágico halo de la serenidad. Al reconocer la espiral blanca en su frente, simplemente extendí los brazos para marcar una distancia, y al llegar a mi altura apoyó la frente en mis manos. Era el caballo de Aki. Los hombres aprovecharon la tregua y lo amarraron rápido con unas sogas. Me palmearon la espalda en señal de agradecimiento, como si así pudieran quitarse de encima la cara de pánico que aún tenían. Y a fuerza de sacudirme tomaron conciencia de que yo era efectivamente yo. Luego vitorearon mi actuación como si fuéramos compadres. A pesar de que el dolor en el tobillo me debilitaba, me mantuve firme en mi sitio.

Jefe, menuda reaparición de héroe la tuya, dijo uno. Y tras ese cumplido que sonó a burla, despidiéndose con un guiño, se largó seguido por el otro hombre. Parapetados en sus gruesas parcas y manoplas de piel, ni siquiera preguntaron cómo me encontraba. Tampoco yo me interesé por ellos. Eran mellizos y confundía sus nombres por sistema. Siempre estaban juntos, haciendo lo imposible por demostrar lo en forma que seguían a pesar de los años. Tan ridículos que intentaban apilar los troncos que caían durante el invierno antes de que yo llamara a la grúa para que los retirara. Pero la verdadera fuerza no es levantar peso, sino subir cada día el ánimo de quien ya no lo tiene. Yo vi a mi madre hacerlo con mi padre. Estos dos hermanos son solo carne pasada por el tiempo. Sus caballos esperaban atados a un árbol. Cuando se marcharon al trote, les di la espalda y me encontré de frente con el tercer hombre, que agarraba por el ronzal al caballo de Aki sin lograr contener sus sacudidas.

Yo acusaba cada vez más el esfuerzo de aparentar que caminaba con normalidad. Nadie tenía por qué saberlo. Sin mirarme a los ojos, concentrado en las embestidas del animal, el viejo me dijo que los mellizos, al verlo galopando, lo habían avisado. Por eso acudió con la camioneta, porque el suyo es el último remolque que queda en la

zona.

Te dábamos por muerto, jefe, y de Aki, ni rastro tampoco desde el mes pasado. ¿Sabes tú algo? Es tu sobrino, podría haberle respondido, tú sabrás dónde está. Pero seguí en silencio, desconcertado aún por ese caballo con su espiral y su furia. Cuando no entiendes tampoco tienes palabras. El viejo me pidió ayuda para meter al animal en el remolque. Dijo que podía ocuparse de él, que no le importaba que volviera a la cuadra, pero que solo no iba a conseguir subirlo. Tiene gracia, añadió, este estuvo en mi establo desde siempre y ahora se fía más de ti que de mí. ¿Qué le dabais de comer Aki y tú?

No se me escapó la indirecta y esta vez sí respondí. ¿Qué no le dabas tú? Podría denunciarte por desatender a tus animales, lo sabes bien. Preferí zanjar ahí los envites y acabar cuanto antes. De mi mano, el caballo subió sereno al remolque. Pero en cuanto lo cerré volvieron los relinchos y las coces. ¿Ves? ¡Lo que te decía!, remachó el viejo, asomando la cabeza por la ventanilla. Vamos, jefe, sube tú también y te acerco a casa. El tobillo me abrasaba, así que acepté a pesar de la compañía.

Bueno, ¿y qué has hecho todo este tiempo, jefe? Tras valorarla unos segundos, obvié su pregunta y le espeté: El carnicero dice que le han robado. Tenía que cambiarle el guion para que me dejara en paz. ¿Te ha llegado algo de eso?, añadí.

Bajó la ventanilla y escupió con ganas algo más que saliva. Qué se puede esperar de ese palurdo. Seguro que es mentira, ¿o no te das cuenta de que es una estupidez? La amenaza apuntalaba lo seco de su respuesta. Dudé entonces de las consecuencias de habérselo contado. Un acontecimiento así en un sitio como este se convierte pronto en la fuente de un rumor incontrolable. El viejo concentró la vista en la carretera en penumbra. Apenas quedan farolas ya, en cuanto se funde una luz retiran el poste. Encendió la radio y giró el dial hasta dar con una canción antigua que parecía escrita precisamente para ese momento.

No nos miramos al despedirnos. Los faros iluminaron mis pasos y el vehículo no dio marcha atrás hasta que abrí la puerta de casa. Cuida ese caballo, le grité desde el umbral, pero ya no podía

distinguir su rostro.

18

Ya en casa, saludé al perro. Revolví su pelambrera cálida y abundante y dejé que me lamiera las manos. Se lanzó sobre el pienso en cuanto le rellené el cuenco. Es un buen compañero, me apena que no sea libre. Luego revisé las cámaras. El sensor de movimiento no había registrado nada, aunque tampoco podía fiarme. Hacía semanas que tenía la impresión de que algo no funcionaba bien. La imagen se quedaba congelada sin razón aparente. No avisé a la Central del fallo, tampoco de mi ausencia, por llamarla de algún modo. El aparato sonó cada día del letargo, pero no tenía el alma para trámites. Por eso me lo pensé un instante antes de introducir la clave en el intercambiador. Marqué los dígitos. Como era de prever saltaron varios pitidos ridículamente alarmantes. El último mensaje era la advertencia de ser expulsado del Cuerpo de Guardas Fronterizos si no respondía en el plazo de tres días. Miré la fecha, estaba a tiempo. Me froté los ojos y cogí aire antes de accionar el sensor para responder. Cuando se iluminó, encajé la cara en el molde, frío como una mortaja. Juré haber estado enfermo, prometí informar a la mayor brevedad sobre los avances. Terminé con las palabras de lealtad al Tratado de Desocupación y al espíritu de la Unión de los Pueblos. Mi rostro tembló en la pantalla durante unos instantes. ¿El de barbilla hundida era yo? Deseé regresar al barracón en el que una noche un soldado silbó con dos dedos, pidió atención y se colocó unas gafas de sol. Luego, se remangó con gesto pícaro camisa y pantalones. Sacó de detrás de la oreja un pintalabios con el que se dibujó un par de coloretes en las mejillas. Subido a una mesa, encadenó un buen repertorio de canciones populares para deleite de la audiencia. Lo azuzábamos lanzándole besos y vítores. El tipo se había unido procedente de no recuerdo qué batallón. Fueron años a tientas, desconocíamos contra quién luchábamos y también a los que nos rodeaban. Intuyo que era algo

intencionado. Pero esa noche fiamos nuestra suerte a la alegría. Actuaba con gracia entre las literas. Alguien consiguió vino y lo compartimos de boca en boca mientras el muchacho provocaba risas con sus contoneos burlescos. Aquello duró poco, pero como me gritó entre palmas el que entonces era mi camarada, vaya cómo nos pasó la vida por delante. Y es que apenas un par de horas antes sorteábamos misiles suicidas. Me hubiera gustado ver mi cara aquella noche: inconsciente, ebrio y banal. Sin dolor. Lo habría dado todo porque ese agitador y otros tantos como él hubieran hecho bailar a más regimientos. Quién sabe qué hubiera ocurrido. Él solo, en un instante, logró el milagro. Bailar, qué hermosa distopía. ¿Se seguirá haciendo en la mitad habitada?

Antes de cerrar el intercambiador eché un vistazo a la última imagen del satélite. Comprobé con satisfacción cómo la mancha verde avanzaba implacable desde la franja y ocupaba los talleres de la fábrica. Consulté también la actualización del censo. Al leer la lista de decesos de nuestro pueblo sentí un escalofrío de orgullo y contradicción; nuestra cuenta atrás continuaba imparable.

El caballo regresó a mi mente en cuanto di la espalda al aparato. Para quitarme su recuerdo de encima, en ese intermedio entre la luz y la oscuridad, llamé a los vecinos del carnicero. Pensé que la intromisión sería menos agresiva que plantarme en su puerta para preguntarles qué sabían del robo. Me pareció más fácil fingir la voz que el gesto. Descolgaron y escuché la voz de la madre. Susurrante y nerviosa, imaginé sus labios apretados contra el teléfono, la oreja encendida por la presión del aparato. La tranquilicé y pasé a preguntarle por algún ruido, por algún movimiento extraño en el almacén del carnicero. Respondió que no y, sin darme tiempo a más, en el tono más bajo que puede emitir la voz humana, anunció que iba a colgar, que el niño estaba durmiendo. Y efectivamente, colgó. Se preocupa de que duerma, pero lo cría en este abismo. ¿Por qué no se han ido aún? Al otro lado no serían sospechosos de nada. El Tratado lo recoge con claridad: *Queda prohibido tener hijos en las regiones afectadas.* Sus padres son extranjeros y sostienen el pulso de la clemencia en la mirada cuando nos cruzamos. No hacen falta palabras, da igual el idioma. A estas alturas ya sabrán que no tengo

cuajo para denunciarlos, pero no deben columpiarse, tengo un límite. ¿En qué piensan? Transcurridas unas décadas, su hijo despertará y será el único en un mundo vegetal. Adán en un territorio inhóspito.

Me arranqué el uniforme como una piel muerta y abrí el grifo de la bañera. Bajo el agua caliente aguanté la respiración. Las yemas arrugadas, las uñas blandas, la carne dúctil. Las burbujas que nacen y persisten como agallas. Por un instante soy pez, y los peces no piensan. Y el pie no les duele.

Cocí arroz y salteé dados de salmón con el fuego al máximo, como Aki me había enseñado. Mira qué exquisita humareda en tu guarida, solía decir mientras agitaba la sartén. Comí, y pellizco a pellizco medié la hogaza pensando en él, en su costumbre de separar la miga y redondearla mientras hablaba. Pero anoche estaba solo en casa, sin ruidos ni voces ni otros cuerpos más que el del perro y el mío, sin icebergs.

Intento volver a ser quien soy, solitario, suficiente, pero una hoguera en el pecho que no sé cómo apagar me lo impide. Preparé la infusión que me hacía Aki y tomé más pastillas de las habituales. La bebí frente a la televisión. Puse el canal de deportes, el único que logra hacerme llorar.

Los fondistas daban vueltas a la ciudad. Mantenían el ritmo hasta que el favorito escapó de sus perseguidores con zancadas estilizadas. Ahora iba en solitario, rompiendo todos los registros previos. Podría lograr un nuevo récord mundial, anunció el comentarista. Durante el último año ha batido varias marcas personales y la expectación es máxima. Primeros planos hipnóticos. Fino y nervudo, con los pómulos brillantes. Su vista fija en el horizonte, el gesto sereno. Corre como respira, pensé. Es un momento histórico para el atletismo, repetía cada poco el comentarista con distintas palabras y la misma emoción. En un plano aéreo pude ver un ancho río, con barcos decorados con banderines de colores y un puente. La carrera tenía lugar en la otra punta del mundo, muchos años atrás. Allí era un mediodía soleado, pero el viento empezó a soplar en contra del corredor. La gente aplaudió y animó con más intensidad en el tramo final. Apenas faltaban dos

kilómetros. La victoria parecía asegurada, pero la mala fortuna del imprevisto giro meteorológico hacía que el sueño del récord se fuera desvaneciendo. Afuera avanzaba la implacable noche y otro viento agitaba los árboles. Contuve la emoción hasta la llegada a meta. El atleta rompió la cinta con los brazos en alto y se arrodilló. Corrieron a su lado una mujer y un niño. Lo ayudaron a levantarse y juntos avanzaron hasta el crono. Noté mi corazón acelerarse, la presión en los ojos. No lo ha logrado, no ha conseguido una nueva mejor marca, apenas un minuto lo ha impedido, dijo el comentarista, que recordó una vez más la infancia humilde, el exilio por la guerra, la falta de patrocinios y la lesión superada, pero el atleta sonríe, suda y solloza junto a su marca. Su rostro es manso, se fotografía con admiradores, coge en brazos a un bebé. Épico y humano. El bebé le agarra de una oreja y todos ríen. Cuando sube al podio le cuelgan la medalla y rompe a llorar. Y por fin yo también.

Lloré con la sonrisa en los labios. Esas son las lágrimas que curan. Aplacado por su efecto, me acosté, pero al cerrar los ojos me asaltó una imagen incontrolable. Mi última visión fue para el caballo. Luego el animal se coló en mi mente, la cruzó como un campo abierto y despertó congelado en una fotografía. Nada puede explicarlo, el caballo ha vuelto. ¿Y Aki?

17

Da igual las veces, el vértigo después de una pesadilla siempre es nuevo. Pero este despertar trajo un retrato imposible y ahora debo ponerme en pie y asomarme al vacío del sinsentido.

Al otro lado me esperan un caballo real y otro soñado. Las señas son el pelaje negro y un remolino blanco en la frente. Habrá cientos de ejemplares parecidos. Hijos, nietos, primos, herederos de un mismo patrón transmitido durante siglos. Así nos sucede a todos. Pero siempre hay una singularidad.

Cuando lo vea, lo tocaré, me digo mientras me visto. Pondré las manos sobre su lomo con la misma delicadeza mística con la que las familias acarician los brazos desnudos de sus moribundos. Mi piel sobre la suya nos hará recordar que somos organismos vivos. Los médicos no dejan de recomendarlo, aun a riesgo de ser tachados de chamanes. Se han dado casos en los que al calor de un roce las células se han reactivado. Sobre socorridas angarillas, en hospitales privados, en morgues y pabellones de hielo. No todo está perdido, nos queda el tacto.

Además, he de apuntar a lo más profundo de sus pupilas. Alcanzar su laguna oculta, allá donde también él habita sin saberlo. ¿Fue el mismo animal que me mordió en sueños? ¿Con cuánto de rencor y cuánto de desgarro? Una dentellada puede encerrarlo todo. Debo averiguar al mirarlo de qué manera logró alcanzar mi almohada. Que me cuente cómo adelantó a sus congéneres en la galopada para venir a colocarse en solitario bajo los focos, acaparando así todo el escenario de mi sueño.

Cielo y tierra aplastan la llanura nevada. Son franjas de una bandera que ondea en este amanecer ventoso. Yo estoy del lado de la tierra. Mi casa es la única de la única colina del pueblo. Como la morada de un dios de leyenda, el más cercano al rayo. La casa del guarda, la llaman. Pero aun desde esta mínima altura, tendré que

descender en busca de algunas respuestas.

16

Estoy ya en la puerta cuando, igual que el día anterior, suena el teléfono interno. Me quedo observándolo durante tres o cuatro tonos. Se repite esa sensación de control laboral. Descuelgo y es de nuevo el carnicero. Sin saludar, se lanza a decir que todo ha sido una confusión, que el dinero ha aparecido, que no estaba en esa maleta sino en otra, que menuda cabeza la suya. Menos mal que lo recordó, insiste, menos mal. Habla muy alto. Separo el auricular de la oreja. Me pide disculpas e insiste en que lo olvide, que ya está solucionado. Suelta media docena de adioses seguidos y cuelga. También yo cuelgo.

Por su culpa salí de casa cuando aún no estaba recuperado. Por su culpa me topé con el caballo de Aki y ahora rozo la locura, por su culpa y la de ese caballo. Rebufo contra él y su estupidez, pero paso página, la fotografía aviva mi mente. Voy a ir a pie, como un peregrino en busca del milagro. Apenas son un par de kilómetros, aún puedo hacerlo, me animo. Caminaré con la atención puesta en los pies, dejando que la tierra hable. Lo fío todo a lo orgánico. Ya que la foto carece de lógica, qué otra cosa puedo hacer.

Mi estómago gruñe, pero en este momento comer sería una distracción para el instinto, que solo se nutre de pistas tenues. Hay que hacerse el despistado con él. Por eso avanzo con las manos en los bolsillos, mirando al suelo, como si no quisiera ver más allá, tan solo el sendero que desciende hacia el pueblo. El pálido sol en la nuca, la ropa siempre fría. Me he despertado antes que otros días, la galopada, claro, la galopada, y el cielo aún está velado, la temperatura y la brisa hablan del amanecer implacable. Camino bajo el delirio del cosmos, esa insistencia giratoria inexplicable. Pienso en conspiraciones, en la noche y en sus mentiras. Tres varas que se unen en la cúspide formando la pirámide diaria a atravesar. Bajo esa estructura valoro que el carnicero solo quisiera llamar la atención,

una suposición que me provoca ardores. El viejo lo vio antes que yo. Sin duda mi tiempo se agota. Lo mejor sería que otro me sustituyera. Así, cojo y loco, qué sentido tiene seguir, me digo, y escucho mi propio lamento con lástima. Y no hay nada peor que ese ruido.

Quién demonios arrancó esa imagen de mis ojos cerrados era un misterio. Si lograba descifrarlo también yo me convertiría en ladrón de sueños. Crearía un álbum con los desvelos de los vecinos y lo guardaría bajo llave. Sería mi guía para mantener la ley. Me anticiparía a sus delitos.

La cuadra está iluminada y veo pasar la sombra del viejo. Arrastra una manguera, viste mono de trabajo. Cierra el agua y viene a mi encuentro mientras se seca a manotazos en las mangas. Me mira extrañado. Pregunto por el caballo y veo cómo relaja el gesto.

Controlado, jefe. ¿Quiere verlo?

Un tipo listo, siempre se adelanta. Sería un buen jugador de ajedrez, pienso. Camina hacia el establo y con disimulo mira la hora y se gira para observarme. No hace falta mencionar que es muy temprano, que nadie se presenta al amanecer en una casa si la cuestión es banal. Camina con ese desconcierto. Sigo sus botas y el estribillo de la melodía antigua que silba. Conozco la letra. La escucho infectado por esa melancolía que impregna el folclore. El aire continúa frío, siempre el frío, y el vaho persigue silencioso y discreto nuestros pasos. No sé si sospecha, yo sí. Se escucha nuestro hormigueo.

Aquí lo tiene, rendido. Qué rayos le pasaría ayer, de dónde vendría. ¿Tiene alguna idea, jefe?

Dice algo más sobre la luna, pero dejo de escuchar. El caballo está echado sobre un manto de paja dorada. Dudo si agacharme, pero el viejo suelta una risotada de esas suyas cargadas de plomo. Las risas de los ancianos están plagadas de recovecos. En ese momento el caballo levanta la cabeza, nos mira mientras el hombre sigue riéndose. Preferiría estar solo. Aun así, procedo como planeé y arrodillado coloco la mano en su frente. Suspira y un viento interno azota mi cuerpo desde las yemas. Mi cara y su piel tan próximas. El miedo a ser mordido. El impulso de abrazarme a él.

Definitivamente le gustas, jefe.

Obvio su simpleza. No he venido a eso. Qué has soñado esta noche, le pregunto en silencio al caballo al mismo tiempo que le acaricio las crines. Le echo un vistazo al remolino de su frente y descubro en ella el dibujo de una nebulosa. Siento en la retina su peso hipnótico. Apenas lo acaricio unos segundos antes de recuperar mi semblante oficial. Freno la necesidad que me trajo hasta aquí. Somos tiranos desde el momento en que vestimos uniforme. ¿De qué material estará hecha esta tela?

Escucha, si se vuelve a escapar llámame al instante. Tendríamos que sacrificarlo. Y si no te lo quieres quedar, dímelo ya para empezar con las gestiones. Tranquilo, jefe. Lo voy a cuidar, a no ser que lo quieras tú.

La respiración del caballo es pesada e intensa. Me alcanza el calor de su aliento. Profundamente drogado para que no moleste, concluyo.

Te pertenece por ley. Es el caballo de tu sobrino.

Me repugna su vínculo, pero esta vez me interesa. Ni puedo ni quiero quedármelo. Esta noche me ha mordido. Me da igual que haya sido un sueño, porque algo o alguien me ha dejado la foto para que nunca lo olvide. Me planteo si tal vez debería sacrificarlo ya, pero, de hacerlo ¿a quién estaría matando?, ¿al soñado, al real, a Aki?

El viejo me saca del ensimismamiento. Me pregunta por el robo, si he logrado averiguar algo. Cuando respondo, dibuja una sonrisa enorme en su boca y me arrea un manotazo al son de ¡menudo inútil! Bueno, asunto resuelto, ¿no? Ya puede relajarse de nuevo, jefe. Me arrepiento al instante de comunicarle las novedades.

Su gesto es sereno. Sin duda ha dormido bien y no se ha despertado con una sorpresa en la mesita. Podría preguntarle: Oye, ¿también tú has recibido esta noche una fotografía de las profundidades de tu cerebro? No sería tan descabellado, quizás yo no sea el único y podamos compartir esa rareza y trivializar el pánico a lo desconocido. Durante mi fantasía el viejo ha regresado al silbido y a las labores del establo. Adiós, jefe, grita mientras abre de nuevo la manguera. Con el perímetro que va delimitando el chorro me

manda un mensaje claro: Lárgate de aquí.

Lo mismo da, está todo dicho. Y hace bien en llamarme jefe. Que no olvide que aquí y ahora yo soy lo más parecido a la autoridad. Cuida que no entren los murciélagos ahí, lo asustan, le grito mientras salgo. En la mano, aún conservo el calor del caballo de Aki.

15

Me ven como a un tipo prescindible, lo sé. Creen que no he tenido trabajo en todo este tiempo. Desconocen la ventaja que me dan al ningunearme. Así controlo sin ser controlado. No me reclaman y yo no me entrometo. Pero estoy.

En algo nos parecemos, también yo trato de engañar a los días y al destino. Cada uno lo hacemos a nuestra manera, ellos con sus animales domésticos, yo a zancadas. En una ocasión escuché sus mofas. Ese es otro inútil como su padre. Ignoran que cuando corro, vigilo, y que duermo más bien poco y que los sueños, aliados, prolongan la vigilia: lo que no detecto despierto me lo cuenta el inconsciente. No se me escapa, por ejemplo, que el viejo le ha inyectado tranquilizantes al caballo. Podría haberle pedido cuentas y no lo he hecho. La condescendencia con el pueblo me ha ayudado. Asumen que hago la vista gorda, que les consiento sus pequeñas travesuras. Para ellos solo he intervenido en delitos menores. Alguna pelea en el bar, denuncias por lindes, advertencias de esto no se puede hacer, no me hagas llamar a la Central. Y ahora que somos tan pocos, ahora ya ni fingen. El desconocimiento hace que desprecien mi radar y este sigue tan activo como el de los zorros. Animal que corre, animal sagaz.

Cuando me despedí del viejo detecté una sombra debajo del banco de madera de la entrada a la casa. La sospecha, aún sin nombre, me obligó a volver la cabeza. Simulé que observaba el cielo velado con una mano sobre la frente para, efectivamente, ver que aquello que intuí era, sin duda, otra falta del granjero. Una más grave que el adormecimiento de un caballo. Un atrevimiento que nunca debería pasar por alto, que jamás he tenido que recordar a nadie. Doy un paso y luego otro, me alejo de la granja. De detenerme, tendría que girar sobre mis talones, regresar al encuentro del viejo, reducirle y preguntarle por qué guarda un arma junto a la puerta.

14

Zona verde es su denominación oficial. Popularmente es la franja. También escuché a un político llamarla tierra de nadie. De nadie es la tierra, pienso, y callo. De mí se espera audiencia, discernimiento, intuición y eficacia. No opinión. Zona verde, tierra de nadie, reserva. No entiendo por qué. Reserva somos nosotros: secundarios, reemplazables, suplentes. Entre nuestro territorio y el siguiente idearon una espesura kilométrica y salvaje sin más alambrada que la de la propia taiga. Al principio era una frontera militar. Ahora su perímetro representa el principio o el fin del mundo, según desde dónde se mire. Quién sabe si las bestias ya nos han perdido el miedo.

Numerosos carteles lo recuerdan: prohibido cazar. Los años y las tormentas han descolorido las letras, pero da igual, la lección está aprendida y han de limitar el deseo a los prismáticos. Sus lentes son del mismo cristal con el que el orfebre talla las joyas más caras. Con ellos buscan los comederos, las zonas de apareamiento, el lugar de juego de los cachorros. Persisten en su vigilancia a pesar de que la franja no reabrirá. Les entiendo, la evasión es necesaria para la supervivencia. Sin embargo, su constancia me irrita. Pasan los años y continúan vigilando desde la lejanía, como si en algún momento las normas fueran a cambiar o ellos fueran a convertirse en inmortales. Todos estamos obligados a conocer el Tratado, y este es claro: *El CTS revisará periódicamente la situación de los territorios desocupados. En función de los resultados se valorará una reinserción controlada transcurridos cien años.* Un siglo, queridos amigos y vecinos. Necesitamos diez décadas para asegurar que el mundo no se malogre definitivamente. ¿Vais a vivir cien años más? La tozudez humana, virtud y defecto.

Al principio se permitió un arma por persona, un arma que no se podía sacar de casa. Redujeron los rifles a simples juguetes. Todos

dados de baja y sin munición, por supuesto. Pero la provocación era diaria y tomé una decisión que no gustó. Nunca supieron que fue idea mía.

Las casas de los cazadores se distinguían por los rifles colgados en los porches. Cuando pasaba por delante, levantaban mentón, cejas y, a continuación, la escopeta. Sentía su desdén. Me saludaban desde las mecedoras, balanceándose mientras exhibían su arma. Flotaban en el aire las correas deshilachadas. Entendía el mensaje y respondía con expresión neutra. Eran rapaces domesticadas y parecían imbatibles en su espera. Sabía qué hacer. Podría haberme dedicado a exigirles cada cierto tiempo que me mostraran el arma o el cargador, o incluso entrar en sus casas y registrar los cajones y los altillos de los armarios. Pero ese agente que hace rondas, inevitablemente, un día, confiado por la conversación y los cafés compartidos, se relaja y abandona la rutina. Es más, quién sabe si no me pondría de su parte y me convertiría en cómplice. De haber creado un vínculo estaría a un paso de la corrupción. Lo aprendí en las guerras. Por un amigo te saltas la ley, aunque te juegues la vida. Ser constante me pareció arriesgado. Solo hubiera prolongado la posibilidad de la tentación. Sin armas, mejor. Me lo decía cada vez que me los encontraba en el castillete de avistamiento. Ceñudos y enfadados, protestaban cuando se permitía la entrada a turistas. También les molestaban los ornitólogos, que aparecían por el pueblo vestidos como ellos, de camuflaje y con prismáticos. Los que todavía vienen ya no son aficionados, son investigadores universitarios armados de permisos hasta los dientes. La burocracia y las exigencias son tantas que pocos aguantan el proceso. No recuerdo al último que nos visitó. Y a los ecologistas que organizaban aquí sus mítines se les prohibió pronto el paso. Insultos, escupitajos, empujones. Demasiada tensión. Aun así, ya solos en nuestro pueblo fantasma, se lamentaban. Añoraban a otras cuadrillas a las que restregar lo bien que conocían la zona y las presas tan valiosas que poblaban sus bosques. He escuchado sus bravuconadas. También las historias de los desgraciados que recibieron un tiro equivocado. Mi padre fue uno de ellos. Incluso así, a pesar de las víctimas, acaban siempre igual. Qué tiempos aquellos.

En las manos, el arma les hacía llagas, su amargura podía olerse a distancia. Tuve que eliminar de una vez por todas su deseo. Contacté con la Central, expliqué la situación y los convencí para que fueran ellos quienes comunicaran a los cazadores la nueva norma. Les retiraron las armas, y yo simplemente fui testigo, no ejecutor. Así continué siendo el guarda que en apariencia no hace nada. Funcionó. Ni un disparo. Corté el juego a tiempo. Si no estaban conformes podían largarse. Muchos lo hicieron cuando se dieron cuenta de que no había ninguna posibilidad de volver a cazar. Otros lo intentaron y, aunque nadie más que yo lo sabe, lo pagaron con su vida. Ahora solo quedan el viejo, los mellizos y el camarero. Sé que tragan bilis a diario, pero cada uno elige su camino. Yo tengo las ideas muy claras. Prohibido cazar.

13

He estado más tiempo en el establo que el que siento que ha transcurrido. La luz ha crecido sin anunciarlo. Ambas franjas, cielo y tierra, brillan. Sin embargo, no veo con claridad; una bruma de extrañeza me vela los ojos. La noche ya está al otro lado del hemisferio, son otros quienes sueñan. Es el momento de más luz del día. Tengo que aprovecharlo y arrastrar la cojera hasta casa. El arma urge, pero el corazón exige prioridad. También necesito resolver si la espiral de la frente es la misma de la foto. Sé que hay un peligro, que soy un peligro. Sé que querré que ambas imágenes casen, que me haré trampas para declarar que las cartas son las mismas y así poder zanjar esta partida que no sé a dónde me lleva. Tira de mí a pesar del dolor, a pesar del hambre, a pesar del desconcierto de encerrar la foto en el cuaderno para hacerla desaparecer. Una voz interna me sugiere que si el caballo es el mismo eso significa que Aki me envía un mensaje. Mientras tanto me duele cada paso. Dolor y duelo son palabras hermanas. Es una punzada larga y aguda.

El perro me recibe inquieto. Tal vez sabe algo, quizás esta noche sintió ruidos, presencias. Quién sabe del lenguaje animal. Es uno de los vigilantes del pueblo. No son animales de compañía, los perros son vigías. Su función es detectar movimientos extraños desde la franja. En caso de que el lobo, el reno, el oso o el extranjero crucen la frontera y se acerquen al pueblo, avisarán. Están adiestrados para defender cada casa. Actúan como sensores. Por eso no está permitido sacarlos de paseo, se considera un abandono del trabajo, una dejación de responsabilidades que recaería sobre el dueño. Los perros forman una red de protección. Esa es la idea. No nos han alertado de nada en tantos años que, de suceder algo, quién sabe cómo actuarían. Somos un experimento.

Cumplo las normas, por supuesto que sí. Cumplo y doy ejemplo, pero reconozco que me apena no darle una vida mejor. Me duele

dejarlo encerrado. Podría haberme acompañado en mis salidas, era un perro joven y habría seguido mi ritmo. Podríamos haber recorrido juntos kilómetros. Ahora los dos estamos abatidos. Ahora ambos somos esclavos, si no lo hemos sido siempre. Pero este último mes algo ha cambiado. Sentí que con su presencia me cuidaba. Me pongo a su altura, le revuelvo el pelo de la cabeza, le rasco por debajo de la mandíbula. Cierra los ojos y estira el cuello. Ese gesto de placer subyugado al menos tiene un territorio donde relajarse. Lo envidio.

Ven conmigo, le digo, y me mira con esos ojos de azabache y tierra. Chisto y avanzo hacia la habitación golpeándome la pernera para que me entienda. Ven conmigo, ven. Los quiero a mi lado, su olfato y su instinto. Siempre en silencio y siempre atentos. Los perros son inteligentes. Su vida la dedican a la contemplación. Fiel, me sigue. Al llegar al cuarto me siento en la alfombra, apoyo la espalda en la cama y alargo el brazo para coger el cuaderno de la mesita. Lo suelto en mi regazo y le explico al perro que esta misma mañana apareció una foto de mi sueño y que el protagonista es el caballo de Aki. De nuevo el sonido de su nombre en mi cuarto. Señalo el cuaderno y le digo que la foto tiene que estar dentro. Le acerco el cuaderno a la nariz. A qué te huele, amigo, dime. Se aparta y oigo un pequeño gemido de extrañeza. ¿Es a mí a quien vigilas? ¿Y si todo es una trampa? ¿Y si son los perros los que controlan que no hagamos nada extraño? ¿Y si los amos sois vosotros? Abro el cuaderno, la foto está donde la dejé. Se la muestro y la respuesta es tan rápida como sus reflejos primigenios. Se levanta y empieza a gruñir. Me apoyo sobre la cama para alzarme y el cuaderno se cae. En ese momento el perro comienza a ladrar. Nunca lo he visto así. Lo agarro por el collar y con la otra mano le aprieto la boca. Noto cómo intenta abrirla y presiono con las dos manos. Haz conmigo lo que quieras, pero esta foto no la puedes destruir. En tres movimientos logro ponerme de pie, guardarla en el bolsillo trasero del pantalón y alejar las manos de la mandíbula. Su gruñido continúa, pero no parece que me vaya a atacar. Le muestro de nuevo la foto y gruñe con más fuerza. No estás enfadado conmigo, le digo, tú y yo nos vamos de paseo.

Amarro bien la correa, dos vueltas a la muñeca. Antes de salir busco la llave que escondo en el forro de las botas de agua. Con ella abro el cajón donde guardo la pistola reglamentaria. La miro mientras me cuelgo al cuello los prismáticos que reposan sobre el zapatero. Finalmente cierro el cajón. Esos años ya pasaron. Me prometí no volver a disparar jamás.

12

Caminamos jadeando, el pecho late. Bebo del aire. Hoy desayuno la nada, pero el perro junto a mí es una promesa. Va por delante, tironea, la tensión en la correa y en mi mano. Es él quien me arrastra como a un perro viejo. El cielo es color salvación. Gira la cabeza a un lado y a otro, olfatea. Va más rápido de lo que mis pies pueden seguirlo. Ojalá tuviera más perros y un buen trineo al que subirme. Cierro los ojos y visualizo ese desplazamiento tranquilo. Así, viajando en la ensoñación, a saltos y negando el dolor, camino hasta que en el horizonte aparece la silueta achatada de la granja con una advertencia de humo que serpentea hacia el cielo.

Freno al perro para observar con atención los movimientos de la casa desde lejos. Echo mi cuerpo al suelo y acodado me meto en la cocina a través de los prismáticos. La ventana está empañada por el contraste con el frío exterior, pero esa sombra rojiza ha de ser la suya. Supongo que está desayunando y lo envidio. Podría entrar, saludarlo de nuevo, servirme una taza de café, enfrentar mis ojos a los suyos y decirle: Venga, ahora sí, cuéntamelo todo. Lo de la escopeta, lo del pinchazo al caballo, lo que tengas que decirme. Tal vez me atreva. Algo me dice que he entrado en otra fase. El instinto y el impulso van a hacer conmigo lo que quieran. Tal vez hoy soy otro. Recorro el resto de las habitaciones, todas en penumbra menos el ventanuco del altillo donde una bombilla parpadea. Hay dos cosas que siempre me han inquietado, el temblor de los filamentos y los trasteros. Un ratón, huesos, termitas, diarios y libros enmohecidos, ropa de bebé… Siempre hay algo que esconder. ¿También tendrá dinero oculto? El viejo, como casi todos aquí, vive solo. La pareja joven con el niño es la excepción y la molestia mejor encarnada de nuestro destino. Verlos es una bofetada. Qué pintan en un lugar que ya no pertenece a nadie. En cuanto al viejo, es cierto que compartió techo con Aki los últimos meses, pero ese es un fenómeno que solo

puedo encajar en el apartado de las rarezas de Aki. Había dos asuntos que le hacían torcer el gesto, uno era su tío y el otro la caza. De ninguno aceptaba preguntas y tan incómodo era su silencio que aprendí pronto a callar.

Enfoco hacia el porche, allí, bajo el banco, sigue tirado el rifle. Qué pretendes, en qué diablos andas metido. Al falso robo se une ahora un vecino con un arma. Noto la tensión en la mandíbula, maldigo para mis adentros haberlo visto. Aprovecho que entra en la habitación para ponerme en pie. Ahora es el momento.

Encorvo la espalda y trato de que mi cuerpo sea transparente y las pisadas silenciosas, de no quejarme a cada paso. Abro la cancela con cuidado, y el perro, tenaz, me dirige hacia el establo. Claro, amigo, vamos primero allí. Agradezco al perro, todo resuello, que me aleje del asunto del rifle. Entro con sigilo, pero no hay peligro, el caballo continúa noqueado. Cuando el perro llega a su lado, para mi sorpresa, se acurruca y deja de jadear. Ni ladra, ni gruñe. Si pudiera decir que un perro suspira sería lo apropiado. Hay alivio en su encuentro. Tal vez busque calor, pienso, o quizás es el descanso tras la visita nocturna del caballo a nuestra casa. Aprovecho el sosiego de ambos para estudiar de cerca la frente moteada. Cuento cinco estrellas y, a su alrededor, multitud de estelas y espirales que acaricio. Al apoyar la palma siento que abro una puerta secreta a otro mundo. ¿Será ese el lugar que nos espera al morir? ¿Será ahí donde nos encontramos anoche? Una energía cósmica se encierra en mi mano. Siento el impulso de arrimar también el cuerpo e impregnarlo de su calor. Anhelo abandonarme en su vientre. Convertirnos en tres bestias en reposo. Dormir aquí sería la manera de soñar juntos. Me recuesto y me aproximo hasta pegarme al que resulta, efectivamente, un lugar acogedor. Mi brazo derecho se acomoda y se eleva con ellos en su profunda respiración. El suelo es mullido y el olor intenso y dulce. Sonrío reconfortado y cierro los ojos. Casi al instante, se me aparece la imagen del rifle. Maldita rémora, la obligación. Seré yo quien lo cace desprevenido esta vez, el jaque será mío.

El perro del viejo no se inquieta. Tiene la cara oscura y las orejas más afiladas que las del mío, pero no se ponen en guardia. Me mira

con ojos tristes, mueve la cola despacio para matar el tiempo. El experimento de los perros guardianes hace aguas, pienso. Aunque su actitud no sea sospechosa alargo con precaución la mano. Vuelve a posar el hocico sobre las patas y me agacho para alcanzar el arma. Es un semiautomático, de marca extranjera. Entre los muchos pequeños golpes de la culata se distingue el dibujo de un rayo. Cuando vuelva a casa lo comprobaré en el archivo. No recuerdo que ninguno de los rifles requisados tuviera esa muesca, tampoco que en el pueblo hubiera armas de ese fabricante. Abro el cargador y saco tres cartuchos de calibre doce. El viejo quería apuntar lejos y a algo grande. La pregunta, una de las preguntas, es por qué dejó a la vista el arma. Guardo los cartuchos en el bolsillo, empujo con el pie el rifle al lugar donde estaba y abro la puerta. Es un gesto nuevo en mi trayectoria de guarda, entro por primera vez sin ser requerido en una propiedad y no siento que infrinja el código. Creo uno nuevo. Tengo una mano rebosante de calor que abre todas las puertas, es la mano del caballo de Aki.

La moqueta que cubre el recibidor es verde y gruesa, color y espesura idóneas para esconder todo el polvo y la suciedad del paso de los años. En una esquina reposan sus botas de trabajo, embarradas y todavía húmedas de la primera limpieza al amanecer. No me quito las mías, esta no es una visita de cortesía, es un asalto. Tampoco cuelgo el abrigo en el perchero donde él tiene el suyo, una enorme parca de camuflaje y el gorro de lana negro que cubre su cabeza a lo largo de las estaciones. Apetece ponerse una capa sobre otra y el gorro y buscar una bufanda y también unos guantes. No hay ninguna prenda de Aki a la vista. Una corriente gélida entra desde la parte alta de la casa, un aire que salta por las desgastadas escaleras que llevan al trastero. De la pared cuelgan una cabeza de reno y una piel de oso. El escalofrío aumenta.

Avanzo hacia la cocina guiado por el aroma a café, el calor y la música de la radio. Aunque sea mi primera vez en esta casa podría desplazarme a ciegas. Simplemente debo dejarme llevar por las viejas melodías que cuentan nuestra historia para dar con el escondite sentimental. Qué difícil erradicar la melancolía. Cánticos que se pegan como sanguijuelas. Está de nuevo sentado de cara a la

ventana, tomando su enésimo café, fumando con fruición y canturreando con voz grave. Despojado de su gorro, veo su pelo, largo sin sentido, unos mechones canos, débiles como alambres. En la mesa hay una botella de aguardiente. No necesito tenerlo de frente para ver sus ojos enrojecidos y sus arrugas curtidas de humo y desesperación. El viejo, con su chaqueta de lana pesada color hueso, tejida por las manos de a saber qué mujer. Mira el paisaje a través del cristal empañado, canta con el temblor en la voz, tamborilea con sus dedos gruesos en la mesa de pino salpicada de migas de pan. Las uñas ennegrecidas, las yemas ajadas. Dirijo la mano al corazón, conozco esa letra. Voces profundas que hablan de la taiga. Somos unos desgraciados, sin duda. Cada uno de nosotros lo afronta como puede. Si este hombre está en su casa y llora, quién soy yo, que me he colado en su intimidad, que lo observo por la espalda, para consolarlo, para decirle que al menos hemos vivido buenos tiempos y tenemos los gastos cubiertos hasta el final. Lo dejo ensimismado con su pena.

Cuando entona el estribillo, consolado por la inocencia del vuelo del búho y los lagos cristalinos de la canción, acometo de puntillas el corto e inclinado ascenso al altillo. Era de esperar, la puerta chirría. Espero unos segundos, atento a algún movimiento de respuesta abajo, en la cocina, pero solo me alcanza la música que, posiblemente, haya protegido mi incursión. Es hipnótica su letra y, en cierta manera, su eco me envalentona. Canturreo para mí la melodía y entro al desván. El habitáculo es estrecho, alargado y polvoriento. Me viene un acceso de tos que contengo en la manga del abrigo. La bombilla hace un ruido inquietante, está justo sobre mi cabeza, y al trasluz veo insectos de patas largas y cabezas diminutas aplastados contra el cristal. Lo orgánico convertido en arte. Descubro el origen de la corriente que me recibió al entrar en la casa, proviene del ventanuco sucio que hay al fondo. Por varias grietas profundas y un hueco triangular se cuelan la luz pálida y el viento frío, implacables presencias en esta tierra. El viejo tampoco cumple la norma de retirada de basura. Distingo un quinqué, una estantería con libros enmohecidos, varias sillas amontonadas con el mimbre roto y las patas machacadas, unas raquetas de nieve que

pueden contar más de un siglo y una guitarra sin varias cuerdas. Nada por lo que me vaya a arrastrar hasta allí. En la entrada del desván hay una despensa completa de alimentos no perecederos, la remesa que todos guardamos por si acaso dejan de suministrarnos víveres. Sé que no he venido hasta aquí a desayunar, pero mi estómago ruge imperioso. Una capa gruesa de polvo cubre los botes. Las etiquetas están salpicadas de puntos violáceos, tantos que los nombres de los productos son casi ilegibles. Están pegados unos a otros. Entre los huecos asoma algo blanco que llama mi atención. Retiro lo que parecen judías y descubro bajo una segunda fila de conservas un par de pequeñas cajas de cartón. Dejo algunos de los botes en el suelo con cuidado de no hacer ruido y cojo una de las cajas. Está impoluta, sin moho, sin polvo. Está llena de balas. En el interior está escrito: 50. Compruebo la otra, lo mismo. Otras 50. El pulso se me acelera mientras los filamentos de la bombilla siguen con su zumbido sobre mi cabeza. Reparto las balas entre los bolsillos del pantalón y del abrigo y devuelvo las cajas a su lugar. Al colocar uno de los botes veo que son pepinillos, lo miro durante unos segundos y me decido a abrirlo. No sé si estoy más nervioso por las balas o por lo que tengo entre las manos. Nos surten de alimentos, pero jamás nos han enviado una golosina semejante. Nos limitan el capricho al alcohol y al tabaco. Otra maniobra intencionada. La tapa se me resiste, tengo los dedos ateridos. Intento calentarlos con el aliento y encajo el bote entre las piernas para hacer más fuerza, pero nada. Resignado, me lo guardo en el bolsillo interior del abrigo.

Desenrosco la bombilla, cierro la portezuela y bajo con mucho tiento y un hambre frustrada que clama por levantar los cimientos en busca de alimento. Siento los bultos de las balas y el deseo de arrasar por donde piso.

Ahora sí, rebaso el umbral, entro en la cocina y digo de sopetón: Buenos días de nuevo. La voz me ha salido tan seca como pretendía. Él se gira, los ojos vidriosos y los nervios encendidos por la sorpresa. ¿Qué haces aquí otra vez?, dice. He venido a verte. Quería saber si va todo bien, no me quedé tranquilo antes.

Mi respuesta provoca un suspiro de alivio y cambia el gesto de enfado por otro de suficiencia. Muestra una ligera sonrisa. Una

mueca mínima de la que uno no puede contagiarse. A continuación, apaga el cigarro y se levanta con la taza en la mano izquierda. La derecha se la lleva al bolsillo. Yo sigo inmóvil, constatando atónito que este hombre, a quien, aunque brusco, siempre entendí como noble, avanza hacia mí dispuesto a mentirme. Calza zapatillas, y lamento de verdad tener que verlo en ropa interior.

Jefe, qué quieres que te diga que no sepas, susurra simulando resignación.

Nos miramos a los ojos en un pulso que corrobora su intención. Disfraza su secreto de una cercanía irritante. Es curioso ser consciente de la mentira. Siento vergüenza de verlo así, calvo, borracho y tan cómodo en su farsa. El pudor me paraliza y es él quien avanza. Al fin y al cabo, está en su casa.

Venga, aquí todos sobramos. A cuento de qué tenemos que incordiarnos, ¿no crees? ¿Qué más da ya todo? Apoya su enorme mano izquierda en mi hombro y con la otra me muestra la cocina. Siéntate, tomemos un café. ¿Tienes hambre? Tengo tostadas recién hechas. En su ofrecimiento puedo ver lo hinchada que tiene la mano escondida. Debe de dolerle. ¿Qué te ha pasado en esa mano? Se sorprende de tenerla a la vista, la levanta a la altura de sus ojos, gira la muñeca con gesto de esfuerzo y, mirándola, dice: Nada, debió de ser en el forcejeo con el caballo. ¿Y a ti qué te ha pasado que estás tan cojo? El viejo burlón, convencido de poder ganar todas las partidas, vuelve al ataque. Mi estómago se cierra, la sangre circula más rápido y aprieto las muelas. Me dan ganas de embestirlo. Cojo aire e insisto. ¿Tienes algo que contarme? Se queda un momento en silencio y a continuación estalla en una carcajada que interpreta echando la cabeza atrás con las manos en su ofensiva barriga. ¿Qué te pasa hoy, jefe? Has salido muy raro de tu letargo. Mejor vuelve a tu casa y cuida esa cojera, no vayan a tener que aplicarte el pinchazo por incapaz.

Con un elocuente ademán me encamina a la puerta y mientras me palmea la espalda prosigue: ¿Qué voy a tener que contarte? Reposa, jefe, come, engorda y deja las cosas en su sitio. ¿A qué viene esa ansia de jugar ahora a los detectives? Sus preguntas no esperan respuesta, son también empujones hacia fuera. No puedo darme la

vuelta y tumbarlo de un puñetazo, todavía no. Es un tipo alto y grande, un oso viejo pero fuerte. En su último envite tropiezo y caigo al suelo de bruces sobre los prismáticos, el bote y los cartuchos. Veo cómo sus pies me rodean y se planta frente a mi cabeza. Lo siento, jefe, dice, y me tiende el brazo. No me muevo por temor a que se haya salido algo de los bolsillos. Afortunadamente lo entiende como un rechazo a su ayuda y sus pasos regresan a la entrada de la casa. Él solito se levanta, dice como si se dirigiera a un niño.

Me incorporo poco a poco, recojo de debajo del pecho uno de los cartuchos y lo guardo con discreción. Ya en pie compruebo que una de las lentes de los prismáticos se ha roto. Me sacudo la ropa a manotazos y a pesar de mi enfado aún le doy otra oportunidad. Si quieres hablar ya sabes dónde estoy. Quedará entre tú y yo, añado. Se ríe de nuevo y sin despedirse cierra con un portazo.

Al otro lado, cuando ya no me tenga enfrente, ¿se planteará por qué le he preguntado hasta en tres ocasiones por su estado? Cuando suba al desván y descubra que no hay munición, cuando vaya a disparar, entonces entenderá mi insistencia, pero ya será tarde. Ha desaprovechado la oportunidad del diálogo. Oigo la mirilla. Todavía no te voy a cazar, amigo, digo para mí. Antes quiero saber si están implicados los otros dos zorros.

Arriesgarme a volver al establo a por el perro sería incauto. Siento que el viejo me observa y que ha agudizado el oído. Confío en mi perro, sabrá huir sin ser visto. El volumen de la música ha bajado y mis pisadas adquieren esa presencia que el mediodía concede. Camino sobre un lecho fresco repleto de gorjeos, silbidos y quebradas. Segunda vez que salgo por la portilla en lo que va de mañana, siento la extrañeza de los gestos repetidos. En apenas una milésima de segundo te cuestionas si lo cíclico del tiempo no es más que el puro engaño de sabernos vivos en la excepción. Cuando dejo atrás la granja, saco la foto y le hablo: volveré. Esa promesa de reencuentro aviva mi espíritu. Hay muchos porqués sobre la mesa, demasiados para abandonarlos a merced de la inclemencia. Convierto la imagen en una prueba y no me siento ridículo. Ahí está, a la vista, un caballo que corría libre y salvaje, que volvió de no

sabemos dónde, completamente distinto al que me acabo de topar adormecido. El contraste arroja más sospechas. Tal vez no pueda demostrarlo en un tribunal, pero a mí me vale para elevar la apuesta. Su perro tampoco se ha inmutado.

11

Tengo poco tiempo para dar con los hermanos. El viejo dijo ayer que fueron ellos los que se encontraron con el caballo, y él tiene un rifle en su casa, y como los instintos no entienden de lógica voy a hacerles caso. Iré a su encuentro e improvisaré. Diré, por ejemplo, buenos días, ¿todo bien con vuestros caballos? ¿Algún movimiento extraño por la zona? Pocas palabras, las justas para mantener la distancia, el respeto y el recelo. Son las armas fundamentales de mi trabajo. Si no te conocen no se fían y si no se fían no te engañan. O eso creía. Es un aprendizaje difícil para quien escupe diálogos y empatía de forma natural. Pero no es mi caso, no debo forzarme.

Los mellizos viven algo más allá de la granja, al otro lado de la carretera. Cruzo rápido pero incómodo por los baches y grietas ya profundas en el asfalto. Continúan limpiando la nieve de las carreteras. Supongo que durante poco tiempo; cada vez nieva menos y cada vez está más cerca la entrega del territorio, pero todavía es necesario retirarla para que los camiones que se llevan la chatarra y los escombros puedan circular. Cuando no reste nada material los caminos serán también relegados y el paso de las estaciones hará el resto del trabajo. De nuestra aldea solo quedará intemperie y un nombre convertido en historia. Para qué mentarlo si será olvido. Ya no hay líneas, ni continuas ni discontinuas, solo restos de pintura que algún día desaparecerán bajo la maleza. Aunque mi huella sea un rastro fácil prefiero adentrarme en el bosque y avanzar apartado de la carretera. Si el viejo pasa en furgoneta podré esconderme mejor. La suma de dolores y hambre hacen de mí un ser miserable. Y además con prisa. Y además engañado. Y además cautivo de una pesadilla. Vuelvo a mirar la foto. Mi sueño en las manos, cómo es posible.

Los hermanos habitan la misma casa que los vio nacer y crecer. Nunca han vivido en otro lugar. Compartieron espacio con sus

padres hasta que fallecieron, nunca se casaron, y cuando se decidió que el pueblo sería una de las localidades a deshabitar, ni se lo plantearon. Continuaron madrugando cada día para trabajar con sus animales. Les han permitido engordarlos, matarlos y comérselos para tenerlos entretenidos. Un autoconsumo disuasorio y estratégico. Es el carnicero el que les prepara los filetes y los embutidos. No hay beneficio para nadie. Aquí nos hemos olvidado del dinero. Parecía una quimera. Un lugar en el que no hay que esforzarse para ganarse el pan. Huir del consumismo fue otra de las razones que me convencieron para volver al pueblo. Sin billetes, pensé, nadie peleará.

Los hermanos siempre han estado muy unidos. Hay en ellos una fraternidad emocionante. Disponen de la compañía que les falta a los viudos y abandonados que siguen en el pueblo. Porque ese es nuestro vecindario, cada vez más escaso, cada vez más solo. Ante la perspectiva, los jóvenes tardaron poco en poner rumbo a las ciudades que ofrecían un futuro. Algunas madres también cogieron el mismo camino con el argumento de acompañar a sus hijas. Otras huyeron sin excusas. Y tras el éxodo inicial vino un goteo espaciado en los años. Hombres que no aguantaron la soledad, otros que no aceptaron dejar de cazar, o que necesitaban el dinero para sentirse útiles. Algunos notificaban su abandono y otros directamente se esfumaban. Desapariciones voluntarias o no, en algunas he tenido algo que ver. Las poquísimas mujeres que se quedaron pronto echaron de menos a vecinas, a amigas, a familiares, y más de una que fue de visita a la ciudad nunca regresó. Mi hermana jamás se planteó el retorno. Cuando decidí venirme la llamé para preguntarle si tenía alguna objeción a que viviera en la casa familiar. Guardó silencio durante unos incómodos segundos, y casi en un susurro me preguntó si estaba seguro. Claro, le dije. No ha vuelto por aquí, pero me llama. Me cuenta que mi sobrino cada vez se parece más a mí; a veces me lo pasa y no sabemos de qué hablar. Debo ser para él un mito, el del soldado tantas veces dado por muerto y luego engullido por el bosque boreal. Tal vez le doy miedo porque enseguida le pasa el teléfono a su madre, que me recuerda que es viuda y que el chico crece solo. Conozco las razones de mi hermana. Casi todos son

huérfanos de padre, le contesto, al menos puede consolarse con eso. Entonces le entran ganas de colgar, siempre sucede igual. Tras el fracaso, el adiós, y su despedida suena a decepción. Sigue sin lograr convencerme. También yo quiero que se calle. No me gusta oír historias del otro lado. Aquí estamos a lo que estamos, pero me duele recordar los días de infancia en los que jugábamos en el jardín con espadas de madera. Fuimos hermanos, nos pegamos y nos reconciliamos, nos contamos secretos, espiamos a nuestros padres, compartimos habitación, puchero, ropa y bañera. Los niños que nacen hoy no sabrán lo que es eso. Hermano es una palabra enterrada. Su hijo, mi sobrino, crecerá amputado. En ese lado del mundo sí se permite la descendencia, pero se limita a un único hijo. La del futuro será una sociedad incompleta, en contra de la naturaleza, un nuevo paso que nos distanciará del resto de animales. Ganar el pulgar estuvo bien, pero perder los hermanos nos hará más débiles. Imagino que los mellizos guardan su vínculo como una reliquia. Quienes por error u osadía engendran un segundo hijo son eliminados. Las cuentas poblacionales son rígidas y salirse de sus números se castiga con severidad. No podemos ser más de los calculados. Las familias rebeldes pagan caro su amor.

Me meto en el sendero acotado por coníferas que lleva a la cabaña. Silencio alrededor de la casa. Ni música, ni conversaciones. Tan solo el ruido de las ramas azuzadas por el viento. Me sorprende la armonía que evoca la casa, de ellos esperaba un desastre. No hay trastos abandonados a la vista, la nieve está controlada en los lindes, incluso la valla que la rodea luce una mano reciente de pintura roja. En el porche hay una mecedora blanca, una mesa y dos sillas con cojines color mostaza bajo la luz de un par de farolillos aún encendidos. Me aproximo con tiento a la puerta y compruebo que está cerrada. Rodeo la casa y miro a través de la ventana trasera, que da a una cocina en penumbra. Tampoco hay luces en la planta de arriba. ¿Puede que duerman? Sigo el perímetro y me asomo a otra ventana; al estar más alta, me obliga a auparme al alféizar con las manos. El dormitorio está despejado, la cama hecha, todo en orden. Al saltar, solo planto el pie sano. En ese preciso momento empiezo a escuchar unos pasos y un ruido gutural. Comprendo de

inmediato y echo a correr como puedo hacia el cobertizo. Es un trayecto corto, debería darme tiempo, pero los ladridos cada vez suenan más próximos. Me abalanzo sobre la puerta con todas mis fuerzas y logro hacer saltar el gancho que la cierra. No han pasado ni diez segundos cuando sacude la puerta una primera embestida y al poco, otra. Esta vez sí, el de los mellizos sí es un perro guardián, y yo he estado rápido al colocar ambas manos en la puerta. Consigue entreabrir una rendija a cabezazos y debo aplicarme con rabia para evitar que entre. Me doy la vuelta y empujo con la espalda. Sin abandonar la postura inspecciono el habitáculo en busca de fardos, sacos, muebles, cualquier cosa pesada que empotrar contra la puerta a la que auguro una breve resistencia, no tanto por ella como por mí, que con los pies anclados al suelo aúllo de dolor. No sé cuánto aguantaré. Busco con la mirada frenética el objeto que me salve. Hay un butacón de piel bastante cerca que si lograra arrastrar sin dejar de sujetar la puerta podría valer. Espero al siguiente cabezazo, alargo una mano y tiro con rapidez del respaldo del sillón. Consigo arrimarlo y sentarme justo para aguantar el siguiente arreón. Jadeo agotado y el perro ladra sin parar. Le chillo: Basta, calla; alargo las aes con furia. Y me responde con ladridos más fuertes. De acuerdo, así no funciona, pero la puerta ya no se abre. Puedo morir de inanición aquí sentado, pero sin que me muerdan; es un avance. Ladra, pero no embiste, aunque si continúa así aparecerán los dueños. Dónde estarán. No puedo perder tiempo ahora en elucubrar excusas por si me descubren en su cobertizo, necesito respirar. Me tapo los oídos para no oír al perro, cierro los ojos para ignorar el dolor en el pie y en el brazo con el que he hecho saltar el gancho. Un brazo y un pie inútiles, estoy medio lleno o medio vacío, me digo, y sonrío. Fíjate, aún eres capaz de sonreír, claramente medio lleno entonces. Trato de acompasar la respiración, un inspirar y espirar consciente y chamánico. Saco el bote de pepinillos y pruebo de nuevo a abrirlo. Solo puedo intentarlo con la mano izquierda. Quizás el golpe contra la puerta lo haya aflojado un poco. Se me saltan las lágrimas del esfuerzo. Nada. El perro ya no gime ni ladra ni araña la puerta, pero lo siento cerca, oigo sus pasos inquietos. Busca el hueco para entrar y tal vez lo encuentre, tal vez

conozca la puerta secreta hacia el intruso. De repente veo su cabeza en la ventana del fondo, justo enfrente de mí. Está a dos patas y me observa a través del cristal. Desaparece mientras calculo mis opciones de salir vivo, que no ileso, de esta encerrona. Tal vez mi única posibilidad pase por la llegada de los hermanos. Si ahora salgo por la puerta y corro, me alcanzará. Si me quedo aquí, encontrará la manera de entrar. Entonces su cabeza vuelve a asomar, ha cogido carrerilla y se ha lanzado contra el cristal. Me hundo en el sillón con el bote en la mano, convertido en mi única arma de defensa. El viento zumba fuera, está empezando un temporal. El perro no tardará en abalanzarse de nuevo. Otra vez busco, angustiado, algo a mi alrededor que me ayude y, de pronto, se revela junto a mí lo que esconde el butacón en el respaldo y yo había pasado por alto. De nuevo me encuentro con un prohibido y sorpresivo rifle, uno que luce la misma insignia del rayo. Amigos, ¿también vosotros? Maravillosa intuición la que me trajo hasta aquí. Da igual ahora el premio, lo que urge es sobrevivir. Soy un lisiado, pero uno cargado de munición. Alcanzo el arma, abro el cargador y meto dos balas. La tercera va a la recámara. El espacio es muy corto para recargar. Encajo la culata en el hombro izquierdo y descanso el dedo en el gatillo. No soy zurdo, pero tampoco estoy en situación de elegir. Mientras apunto por la mira a la ventana dudo si seré capaz de disparar de nuevo. Las sentencias de los últimos años las he aplicado con las manos. Ni un disparo en los ajusticiamientos. Queda poco para decidirme. El perro salta con la misma furia con la que mi corazón bombea la sangre. Entre las ráfagas de viento y el golpeteo de las ramas sobre el tejadillo mis latidos traspasan el pecho. Es un perro guardián, qué culpa tiene él, me digo. Juré no volver a disparar. Quiero que sea libre, pero que no me mate. Quizás si lo abato deje de sufrir, pienso mientras el índice tiembla sobre el frío acero del gatillo. Vuelve a estampar su cabeza contra la ventana, tenaz a pesar del golpe. Fíjate en su insistencia, en su determinación, me convenzo, él no se apiadará de ti. Cuando rompe el cristal no disparo, cuando corre hacia mí no disparo, cuando salta disparo a bocajarro un fogonazo que abre su cuerpo y mi alma. El estruendo es atronador, un ruido, el de la pólvora al estallar, que

regresa desde el pasado como un fantasma de voz grave. La sangre se derrama desde su vientre formando un charco humillante sobre el que el perro se empapa entre espasmos. Sucumbe ante mi estupor y dejo caer el arma. Me mata saber que he sido capaz de matarlo.

10

Sé que el disparo habrá atravesado el valle. Tengo que huir rápido. Los hermanos regresarán enseguida de donde sea que estén si el viento les indica la dirección del estallido. De hecho, no solo ellos sino cualquiera que lo haya escuchado. Dudarán y querrán convencerse de que no es posible, que habrá sido el estruendo de un árbol derrumbado por el temporal.

Cargo al perro en mis brazos. La cabeza y las extremidades cuelgan, haciéndome tragar la aspereza de la culpa. No te voy a abandonar, digo en voz alta, y de una patada abro la puerta. Dejo que la nieve que arrecia me azote el rostro unos instantes; el choque con la realidad necesario hasta que decido dar el primer paso en dirección al río. De camino lanzo un vistazo hacia la casa. Sigue a oscuras. A dónde habrán ido tan temprano esos dos.

El viento en contra eriza el pelo del perro y parece lo que no es, un animal vivo. Avanzo a la carrera y con la espalda encorvada, contengo en algún rincón del cerebro el aviso de todos los dolores, impidiendo que me paralicen. Cuando alcanzo el río me asomo al talud y compruebo que la corriente es fuerte. Este no se congela, no se puede cruzar. Con el impulso del arrepentimiento, lanzo el cuerpo lo más lejos que puedo. El perro se hunde, segundos después sale a flote y observo cómo es arrastrado por la belleza dinámica de las aguas, la de los reflejos, la luz y el brillo de las piedras mojadas. Luego vuelve a sumergirse. Otro ser que fluye hacia una mutación de especie, de nuevo en movimiento, como si estuviera vivo.

También yo podría lanzarme al vacío impulsado por esa misma fuerza, con idéntica determinación. Arrojar mi cuerpo como si fuera el de otro, a quien, apiadado y magnánimo, otorgara la libertad. Después me entregaría al capricho de la naturaleza, ella dirigiría mi peso hasta los lodos que me cubrirían para siempre con discreción subacuática. Es reconfortante soñar con ese final armonioso, lejos

de agujas y tablas estadísticas. Nos ofrecen en bandeja la desaparición voluntaria, asistida y gratuita, y he de confesar que días después de destrozarme el tobillo a patadas, retenido e inutilizado en casa, valoré hacer la llamada. Ahora el río me ofrece su cuna.

Miro de nuevo atrás. En la casa se han iluminado un par de ventanas de la parte alta. Regresar a limpiar la sangre y esconder el rifle es un riesgo de locos. Quiero pillarlos a todos, pero quiero hacerlo bien. Solo hay una opción y es cuesta abajo. La nieve acumulada convierte el abrigo en una prenda pesada sobre la espalda y los brazos. Me ha entrado también en las botas y siento los pies adormecidos de frío. No hay dolor en el tobillo, es una sensación desconocida, pero no lo puedo apoyar. Me echo al suelo y desciendo a la orilla por el hielo. El talud ocultará mi avance mientras el cauce lo permita.

Recojo un palo grueso y largo y lo encajo en la axila para que me sirva de muleta. Está húmedo pero parece resistente. Me arriesgo a cada paso a caer al agua gélida. De suceder, comprobaré si en efecto soy capaz de abandonarme a la corriente. Avanzo a duras penas mientras pienso que no voy a morir sin averiguar para qué y cómo se han hecho con las armas. Cuando requisamos sus escopetas y fusiles, lazos, trampas, cartuchos o cuchillos de despiece, firmaron un documento en el que aseguraban no disponer de más. Incumplirlo es motivo de cárcel. Yo mismo las precinté y custodié la salida del camión que las transportó hasta el depósito donde fueron destruidas. Recibí la notificación de que así había sido. En teoría la única arma en el pueblo es la mía, una pistola reglamentaria que no saco del cajón. Ni lo he necesitado ni quiero. Bastante tenemos como para andar buscando problemas, me he dicho todos estos años. Y el tiempo me ha dado la razón. Hasta ahora.

He sido incapaz de preguntarle al viejo a la cara por qué tenía un rifle a la entrada de su casa. También podría haber resuelto mi curiosidad sin palabras, simplemente mirándole a los ojos y mostrándole las balas que llevo en los bolsillos. Soy el guarda, pero su actitud me paralizó. Un adulto no tiene ningún argumento para

mentir, menos en nuestra situación. Quienes estamos aquí es porque hemos aceptado las condiciones. Fonda y rancho a cambio de colaborar en la retirada. Todos conocemos nuestros límites y así, más o menos, hemos convivido. Eso nadie me lo puede negar, pero ha sido ausentarme unas semanas y de repente aparecen las armas. Quizás esa sorpresa de la traición es la que me ha impedido hablar de frente con él. Y supongo que además ahora soy un ser herido por la huida de Aki, y el dolor debilita la determinación.

Esta parte del río está dentro de los límites a los que podemos acceder. El olor a podrido del agua apunta a que no estoy lejos de la franja. Ese hedor es uno de los pagos de la riqueza de antaño, cuando identificábamos el progreso con el empleo. Si el plan funciona, volverán las fragancias de ribera, de flores, juncos y verdín. Nadie podrá atestiguarlo, pero será. Aunque no como antes, eso ya es imposible. Aquellos mosquitos que nos torturaban con picaduras que eran puro dolor, que formaban nubes y que se acumulaban, aplastados, en la rejilla delantera de los coches ya no están aquí. Tampoco veo libélulas. Y si pienso en ellas las imagino como seres de leyenda. Lo mismo me sucede con el búho nival. Decían que las corrientes oceánicas se habían alterado, que las capas de hielo estaban al filo del alambre, que las barreras de coral habían muerto, que el planeta había cruzado varios puntos de no retorno. Todo resultó irrebatiblemente cierto.

Empiezo a toser. Tendría que tirar toda mi ropa, darme una ducha caliente y meterme en la cama. Ya descansado debería plantarme frente a ellos y preguntarles qué pintan esas armas en sus casas y de dónde las han sacado. Sin embargo, me arrastro como un forajido. La osadía de querer a los tres zorros juntos puede volverse en mi contra.

Me abro camino entre los arbustos que el río ha limpiado de nieve. Las ramas me arañan la cara y las manos. La ropa se me hace jirones que van jalonando mi paso. El rastro será fácil de seguir. Me revuelvo entre las ramas y suena como una hoguera. Entre el crepitar que yo mismo provoco me parece escuchar unos pasos, una respiración. No olvido dónde estoy. Supongo que centenares de vidas minúsculas me vigilan de cerca. Cruzo un trecho tan

enmarañado que me atrapa. La navaja que siempre llevo en el bolsillo interior me ayuda enseguida a liberarme. Cuando veo que la orilla se estrecha, sé que llega el momento de ascender. Miro arriba y la imagen del remonte que me espera me recrudece la tos. El acceso se convierte en una desagradable arcada. Arrodillado expulso parte de la cena de anoche. La vista se me nubla y apoyo los puños para frenar un mareo que amenaza con tumbarme. ¿Camino sobre raíces o sobre ramas? Necesito comer, poner fin a esta extraña aventura que empezó ya no sé por culpa de qué o de quién; suponiendo que haya una culpa, y no más bien un devenir absurdo. Mi estado es deplorable sin razón alguna. Como si me encontrara en la trinchera, pero ya no soy soldado ni aquí debería haber guerra alguna. Hemos quedado en que se acabaron las guerras. No tengo edad para jugar a esto ni merezco sucumbir como un bandido echado al monte. Saco la foto. La humedad y el barro la hacen más difusa aún que por la mañana, y distingo unas calvas, unos espacios blanquecinos para los que tampoco tengo explicación. La guardo, clavo las uñas en el palo y me arrastro como puedo hasta el borde. Antes de sobrepasarlo oteo a ras de suelo la posición a la que he llegado. Estoy próximo a las ruinas de la fábrica. Ya solo queda la torre. Casi no hay rastro de los talleres. La próxima será la última campaña de limpieza. Lo sabré por comunicación oficial. Hasta aquí nunca vengo, no es mi zona y a los trabajadores no se les permite acercarse a nuestro pueblo. Viven en los barracones. Digamos que no son bienvenidos. Están echando abajo el lugar que dio de comer a varias generaciones. Tampoco quieren arriesgarse a que algún romántico decida quedarse en el pueblo. Cuantos menos seamos antes terminará esto.

No veo a nadie y sin embargo sigo escuchando un jadeo. Hay cierta neblina, no sé si en mi mirada o en el ambiente. Siento un peso enfermizo en la cabeza. En un par de tirones mi cuerpo descansa. La tos me da una tregua y ruedo para echarme boca arriba y observar el cielo en busca de la forma de alguna nube que me conceda un instante de paz. Ha dejado de nevar. Es hermoso el cielo de finales de otoño, raso y limpio. Vamos a entregarle nuestra historia. Detendremos toda actividad por él. Para que siga siendo

hermoso. Es bello también nuestro sueño. El mareo baila y silba a mi alrededor, siento que la piel se me afloja y las muñecas se me van quedando sin fuerza. Oigo un estruendo y me parece ver en el cielo una bandada de pájaros que vuelan en dirección este. Escapan hacia el profundo bosque prohibido de la franja. Ellos pueden. A los pocos segundos se repite el ruido. Lo acompañan nuevos graznidos. Los dos disparos y la urgencia de los pájaros revolotean en mi cabeza hasta que caigo inconsciente.

9

Despierto con un lengüetazo en la cara. El perro me ha seguido todo este tiempo. Las pisadas y la respiración eran suyas. Ha sido cauto y no ha ladrado. Tampoco ha bajado a mi encuentro y sin duda se ha paseado a la intemperie mostrando su recién ganada libertad. Su descaro ante un mundo que desconoce me recuerda esa sensación de transparencia que en ocasiones sentía al caminar por el pueblo. Como si mi cuerpo careciera de materia, como si el vaho de mi respiración fuera invisible, como si las pisadas sonaran en una frecuencia inaudible para los vecinos. Tal vez mi perro, al que nunca he considerado de mi propiedad, sea una prolongación. Quizás somos partes de una misma alma, una reencarnación dividida en dos especies y cruzada a propósito. Me quedo tumbado en el suelo, con su hocico a escasos palmos, asombrado de su capacidad para seguir mi rastro. Coloco las manos detrás de la cabeza, cruzo las piernas y me abandono a una fantasía caprichosa, la de que ahora mismo es la primavera de hace unas décadas, una tarde de asueto en un parque donde unos niños juegan al balón y un grupo de personas observan pájaros con un guía. El hombre que descansa en el césped tiene los ojos cerrados y mientras el sol caldea su cuerpo decide qué hacer, si quedarse en ese lado habitado de la Tierra o regresar a su lugar de origen. Era dulce aquel calor y dulces las voces de los niños y los suspiros maravillados ante la belleza de los jilgueros. Aquel césped cuidado y mullido. Era un mundo hermoso, el nuestro. ¿Seguirá así? Nuestra televisión solo muestra imágenes de archivo, una manera estudiada de provocar añoranza y, ya se sabe, ese veneno puede acabar en desapariciones voluntarias. Dicen que sería perjudicial mostrarnos la actualidad y, aunque razón no les falta, el motivo principal es sentenciarnos cuanto antes. Pero el hombre tumbado en el césped desconocía el futuro. En su mente solo palpitaba la tentación. Tenía el raro privilegio de decidir. No todos

contaban con esa carta pero él sí, una exclusividad tentadora. Oriundo de una tierra que devolver a la naturaleza, ese era su estatus. Las fronteras bélicas, los territorios más inhóspitos del planeta y las islas iban a ser deshabitadas paulatinamente, sin echar a nadie y con la exclusiva invitación de retorno a quienes hubieran nacido allí. Era uno de los puntos clave del Tratado de Desocupación. Ahora o nunca, se leía en carteles aquí y allá. Ahora o nunca, se escuchaba en las tertulias radiofónicas y en las escuelas. Ahora o nunca, le comentaba resignado un ciudadano cualquiera a otro durante un viaje en bus. Las normas fueron redactadas por el Comité Técnico de Salvación, y solo nombrarlo era como mentar al Todopoderoso. Cada punto del Tratado se convirtió en credo y no está de más utilizar la palabra divino porque desconocemos quiénes forman el Comité, incluso si son personas. Lo que sí sabemos es que ejecutan las sentencias; el suyo no es un papel bienintencionado de los de antes.

El atentado fue el punto de inflexión. Todo se enrareció a partir de ahí. La profeta era líder para unos y amenaza para otros. Advertía con pruebas del riesgo que corríamos, apuntaba directamente a los culpables, exigía una reacción. Sus argumentos eran los mismos que los de otros científicos, pero su aura irradiaba bondad y transparencia. Puede que fuera aquella voz suave y clara, o la gesticulación precisa de sus dedos gráciles a pesar de la edad. Había armonía en su discurso. Su rostro ya estaba en camisetas, sus citas ya eran lemas, ya llenaba foros, ya recibía amenazas. Le dispararon durante una conferencia en una universidad. Sus detractores denunciaron el asesinato y lamentaron su muerte con palabras vanas. La policía dijo de su verdugo que era un enfermo mental; fue abatido. Los que habían heredado un mundo que no les gustaba lideraron semanas de disturbios. En su nombre empezó la revolución que terminó en la Unión de los Pueblos. La vinculación era obligatoria y los gobiernos firmaron el acuerdo. Se fijó un día en su recuerdo, el Día de la Salvación. Pero no fue solo una efeméride, cada paso del plan de desocupación se justificaba con el nombre de la profeta. La convirtieron en santa y ya se sabe qué sucede con los santos. Para evitar atentados decidieron que todo el proceso fuera

anónimo. Y caló, asumimos la opacidad. Se generó un consenso. Sobrábamos. Ahora o nunca.

El hombre tumbado, si lo deseaba, podía regresar y ser partícipe de una entrega histórica, definitiva. Sintió un impulso de aventura, el ímpetu de lo novedoso. El sol y el calor hicieron el resto. Se sintió importante y obvió que allí donde había crecido el sol era escaso, que ya no conocería a casi nadie. Pensó que no necesitaba compañía, que nunca la había necesitado, que llanuras para correr, soledad y un paisaje monótono era lo que necesitaba para curarse de tanta guerra. Además, si pasaba las pruebas colaboraría en la desocupación. El hombre tumbado sonrió y a la mañana siguiente envió la instancia.

Décadas después me encuentro sobre un abrigo empapado y cubierto de arañazos. El perro trata de espabilarme con la pata, la arrastra sobre mi pecho como haría una leona con su cachorro. No puedo, amigo. Me duele todo el cuerpo. Pero yo no gimo porque en el reparto genético no me fue concedido el poder del lamento y porque he entrenado para vencer el cansancio. Aguanto, reviento en silencio. El perro tiene más dones, la insistencia es uno, y muerde el abrigo por la manga y trata de arrastrarme. Luego me hunde el morro bajo la nuca, empujándola para que la levante. Su tesón me vence y apoyo los codos para incorporarme un poco y darle esa victoria moral, pero el perro no cede, y se cuela bajo mi cuello, me endereza más, no sé si es él o soy yo, o los dos, pero conseguimos que el cuerpo se eleve. Logra que me siente y en ese momento ladra contento y echa a trotar hacia delante.

¿Dónde vas?, le grito extrañado, mientras se aleja y se adentra en una niebla baja. Aguzo la mirada para no perderlo y distingo una sombra a unos diez pasos de donde estoy. Me doy cuenta de que no es la niebla sino mi vista la que emborrona la escena.

¿Eres tú? Vuelvo a llamarlo. Es extraño el paisaje, con esa capa densa y lechosa. ¿Seré yo, acaso? Víctima del ayuno y del dolor ante una pared de humedad y vaho. Parece un sueño. Céntrate, me digo. No me fío de mis ojos. La lluvia arrecia formando una gruesa cortina. ¿Seré yo, que tengo la niebla metida en los ojos? ¿O serán los años los que han dibujado un nuevo mundo irreconocible para

mí?

¡Vuelve! El ladrido de respuesta parece cercano. Trato de arrodillarme y lo consigo, pero al ponerme en pie el dolor se impone. Palpo alrededor y no encuentro la muleta, así que decido gatear hacia el perro. La postura no me libra de un pinchazo en la clavícula. Podría trazar una constelación entre los puntos de dolor, un dibujo del héroe Aquiles. Tal vez ese sea yo, el ágil y rápido guerrero alcanzado en el talón. Y ahora, me arrastro a cuatro patas; quién me lo iba a decir.

A medida que avanzo me parece escuchar una respiración distinta a la del perro, pero toso a cada poco y dudo si lo que oigo no es más que mi jadeo, un balbuceo ancestral que regresa de tiempos instintivos, animales. También percibo un crujido de hierba y tierra. Observo mis manos tiznadas, abrasadas por el frío y el peso. Me las restriego por la frente, extiendo el barro por las mejillas, la nariz, la boca. La tierra aviva los labios y la piel. Mi rostro, una máscara. No necesito un espejo para verme fiero. El olfato se agudiza. Husmeo piedras, río, musgo, animal. Los latidos cantan porque también huelen algo cerca, algo grande, y el corazón es un órgano instintivo. Sus pistas, un señuelo. Su ritmo, una pauta. Es esa sombra que se vuelve más nítida, late y lo intuyo, lo huelo. Es también su aliento, nos conocemos, y al poco, muy cerca de la sombra, lo distingo. El perro tiene la lengua fuera, jadea y mueve la cola satisfecho. La niebla ha quedado al otro lado. Hemos atravesado su frontera. Somos tres mamíferos heridos, tres hermanos reunidos. El caballo, el perro y yo.

Amigo, lo has traído. Suspiro algún gas cristalino parecido al amor. Observo al caballo desde abajo. En sus ojos de herbívoro aún queda algo turbio y espeso, restos del calmante. Trastabilla y de los belfos le chorrea un exceso de saliva. Respira cansado y agita la cabeza como si algo le molestara. Alargo la mano y tirando del estribo me pongo en pie. Piso la nieve recién caída, sus destellos se me clavan en la retina. La cabeza me da vueltas, siento una debilidad que ralentiza cada movimiento, como si también yo estuviera drogado. Es increíble cómo el cuerpo adopta roles. A veces te sientes un muro inquebrantable y otras la carne es quebradiza, fina como una hoja

en otoño. Y hoy, lo sé, es un día de debilidad, pero también de luz. Fluctúo entre el agotamiento y un pálpito. Valemos más por lo que intuimos que por lo que sabemos. Aún no sabes, pero sientes.

¿Te han seguido? Es un perro soldado, confío en que su huida haya sido calculada y sigilosa. Son más listos de lo que creemos, estoy seguro, tiene mecanismos para responder. Apunta las orejas hacia arriba, estira el cuello y saca la lengua. Eso es un no.

Buen chico.

Saco los prismáticos y barro el horizonte. Descubro que la incursión entre ramas y raíces apenas me ha alejado de la casa de los mellizos y que ambos están parados ante la puerta del cobertizo. Sus rostros son una mancha, no leo en ellos inquietud y no diferencio quién es uno y quién otro, al fin y al cabo, nunca lo he hecho. Leo parálisis, leo cálculo, leo templanza. Intuyo sus cuerpos enfrentados en disposición de diálogo. Del brazo de uno cuelga algo que bien podría ser el rifle. El estruendo previo, recuerdo, el doble estruendo previo. Firmes frente al lugar del que hui dejando atrás una mancha de sangre y la escopeta tirada. Están tramando un plan, ese es mi diagnóstico, y para contrarrestarlo también yo debo actuar, porque, supongo, estarán barajando mi nombre. O no, por qué habrían de relacionarme. No obstante, tengo que moverme, soy yo quien debe capturarlos, no al revés.

El abrigo pesa como si llevara a otro hombre a cuestas. Uno del que no puedo desembarazarme. Supongo que es mejor cargar con un cuerpo mojado que quedarse bajo el relente sin abrigar. Nuestra respiración, la del otro hombre y la mía, se entrecorta con las toses y a cada acceso parece que los ojos se me caen. Los veo abajo, reflejados en el charco. Lejanos, acuosos, turbios. Me miran. Os necesito, digo.

Meto las manos en los bolsillos y juego con las balas como si fueran calderilla. Entonces, palpo las llaves. Cómo no lo había pensado antes. Elijo la más alargada, saco el bote de pepinillos, lo encajo entre las piernas y hago palanca en varios puntos de la tapa. Clic, desenrosco, clic y abro. ¡Sí!, grito.

Al morder uno siento un chasquido delicioso entre los dientes y el sabor explota en mi boca, soy todo carne preparada para el gusto.

Pero la acidez de la salmuera me obliga a escupir. Me ahogo y me quemo al mismo tiempo. La tos gana terreno y el ardor va remitiendo. Grito de rabia, provocando que el perro y el caballo me miren, ambos con la cabeza ladeada. Su gesto me hace reír, con una risa que solo puede terminar en llanto.

Basta. Te ha traído hasta aquí al caballo. Espera algo más de ti que un ataque de locura. El hombre del abrigo ha pasado a la acción y me habla y me exige. Come. Su voz es rotunda. Cierto que siento un hormigueo en los labios, pero el picor ha pasado. Puedo volver a intentarlo. Cojo otro pepinillo y muerdo un trozo más pequeño. Mastico con sobriedad, sin esperar nada a cambio, solo ingesta. Trago. Doy un segundo bocado. Ahora sí, digo mirando el bote, soy más fuerte que vosotros.

Pero no hay tiempo que perder. La voz de mi conciencia es un abrigo mojado. Esto no puede quedar así, amigo. El hombre del abrigo tiene razón. Cierro la tapa y le pido permiso al caballo para que me lo lleve en sus alforjas, ¿te importa?

Le acaricio la frente con plena confianza. Sé que no me va a atacar. El mordisco del sueño ha quedado atrás. Libero la cincha de cuero de la hebilla y al meter el bote, este choca con algo. Hurgo con la mano en la estrechez y mis dedos rozan un papel. Son varios folios arrugados. Cuatro en total. Los he desplegado y colocado uno detrás de otro como cartas de una baraja y los paso una y otra vez atónito con lo que veo.

Me agacho y los extiendo en el suelo para formar el puzle de un mapa. Han dibujado lo que parecen los tres fiordos y también el lago, y ese borrón oscuro del bosque y los símbolos de las antiguas cabañas de cazadores y también está el río que divide. Han usado tinta roja y azul. Con el rojo han trazado equis y sobre ellas, arcos. Habrá una veintena de esas marcas. Sé lo que indican. Solo yo tengo el mapa de la franja. Es un documento clasificado. El contrabando es la única opción que se me ocurre. Alguien que lo haya robado del archivo del ministerio y que luego haya venido hasta aquí a vendérselo. Pero si aquí no tenemos ni dinero, si solo funcionamos con vales, ¿entonces cómo? Claro, empiezo a entender. Aunque hay otra posibilidad. La memoria empieza a arrojar

imágenes, pero duele mirarlas de frente.

El cocinero de la naval había aprendido de estrellas, de cetáceos, de literatura y también de cómo algunas hierbas mezcladas con alcohol logran el sueño profundo. Una bebida caliente al finalizar el día, una mano que da vueltas a una cuchara de madera mientras canta canciones antiguas. Sus brebajes y las pastillas a las que todos teníamos acceso eran una combinación capaz de aplacar el horror vivido. Aki las llamaba pócimas mágicas y sin duda lo eran. Con ellas los párpados pedían cierre, la mente se reblandecía, el cuerpo se desconectaba. Descansa, me decía Aki junto a la cama. Su voz era la última que escuchaba, a veces posaba la mano en mi cabeza antes de irse, y yo sentía la curación, le estaba tan agradecido. Me dormía casi al instante de echarme y lo hacía con una sonrisa. Luego la mente iba por libre y me abofeteaba con pesadillas. Además de vomitarlas en el cuaderno debería de haberlas analizado. Demasiadas serpientes me abrazaron hasta ahogarme.

El mapa me quema en las manos. Le doy la vuelta a los papeles. Hay que ser estúpido, digo en alto mientras leo las hojas de los pedidos de la carnicería y repito: hay que ser imbécil. Estúpido yo y estúpidos ellos. Amigo, ya sabes lo que tienes que hacer. Sí, respondo al hombre del abrigo. Es un instante de dolor y ya estoy a horcajadas. Me tumbo sobre su cuello y se deja acariciar. Él no es un traidor, el caballo ha vuelto para poner las cosas en su sitio, su dentellada me sacó del letargo, fue su manera de advertirme del peligro. Cierro los ojos, siento con mayor consciencia su calor y al abrirlos la niebla se ha disipado. Encajo los pies en los estribos. Levanto el pantalón y bajo el calcetín. El tobillo tiene un aspecto horrible. Subido al caballo siento una especie de poder. Avanzo sin necesidad de pisar y asumo en el balanceo la cadencia de los mantras. Cae aguanieve y el viento en contra me aviva. Saco de nuevo los prismáticos. No veo a los mellizos por ninguna parte. Apuro el paso del caballo con un ligerísimo apretón de talones.

8

Un pinar cubre todo el horizonte. Hace años que se paralizó la explotación maderera y el bosque replica coníferas como el más fértil de los animales. En verano el suelo volverá a salpicarse de piñas en una retroalimentación infinita. El bosque ya ha empezado a cerrarnos el paso tal y como estaba planeado. Me gusta esta incomodidad, la precisión que exige, los crujidos que despertamos. Escucho el ruido veloz de otras patas distintas a las nuestras. El caballo para en seco y tiro de las riendas para controlar sus cabezadas nerviosas. Veo entonces correr a nuestra derecha una liebre y detrás, un zorro. Su agilidad es preciosa y evoco mis carreras. Fui liebre, fui zorro y he sido un buen vigía, me digo.

Hay luces en el almacén del carnicero. Entro sin llamar, abro con sigilo. La nave es larga y la penumbra de la entrada me ayuda a pasar desapercibido. Al final está él, silba y barre. Silba otra de esas malditas alegres canciones tradicionales. Digo malditas, cuando me apasiona su musicalidad. Digo maldito de algo bello. Maldita sea. Tampoco a mí me apetece decir nada. Lo que me apetece es engancharlo por el cuello y apretárselo hasta que le salga la última palabra. Sé que no he visto nada delictivo. Un hombre que silba y barre no es culpable. También él lo sabe pero, aun así, su gesto lo delata. Y he visto los papeles, claro, el membrete de la carnicería, los pedidos y el mapa. Al llegar a su lado clavo los ojos en los suyos y le lanzo todos los cuchillos que atraviesan mi tobillo, mi brazo y mi orgullo. Baja la mirada. Atenazo su hombro. Hablar puede romper esta atmósfera de confesión. Espero. Pero él tampoco dice nada. Me fijo en los moratones que tiene en la ceja derecha y en el pómulo. Alguien antes que yo le ha zurrado y no es difícil adivinar quién, el rey de la anticipación. Aprieto más su hombro, no me contengo y le hago daño. Se retuerce y aprieto más. No he desayunado, un caballo cabalga mi cordura, pero no dudo de que me ha engañado,

lo sé. Es un hombre débil, el carnicero, poca carne para ser carnicero. Huesos frágiles como los pollos estériles que trincha.

Para, grita. Para, repite. No lo hago. Y se arrodilla y ahora su mirada es de miedo. Aprieto, y mi rostro está embarrado. Una suerte para él que no lleve la pistola. Veo su temor y no me da pena. Lo he visto muchas veces. Fueron guerras terribles llenas de miedo. Saco las hojas y se las estampo en la cara. Qué escondes, le digo al oído, sílbamelo. Que le faltan luces salta a la vista. El insulto de ayer fue una verbalización de lo que todos sabemos, que este hombre es básico y que si la carnicería aguanta es porque el sistema lo subvenciona todo. Aparta de un manotazo las hojas y da un paso atrás. No puede ir más lejos, lo retengo. Me mira con terror, pero habla.

Les di el dinero. ¿Cómo? Les di el dinero. ¿A quiénes? A los cazadores. ¿Para qué? Para las armas. Van a entrar en la franja. ¿Qué sacas tú de esto? Te dije que te olvidaras, gime. Pero no lo he hecho. ¿Qué sacas tú de esto?, repito. Venderé las piezas a un comprador de fuera. No, no lo harás. No habrá caza ninguna. ¿Por qué me llamaste entonces? Me arrepentí. ¿En serio creíste que te iban a pagar más dinero que el que ya tenías? Me arrepentí, repite. No, no lo hiciste. Te diste cuenta de la estafa y quisiste vengarte, ¿es así? El carnicero lloriquea como un tonto. No seré yo quien lo amnistíe. Sabía perfectamente lo que hacía. Si de verdad se arrepiente, ahora es su momento de colaborar. ¿Cómo conseguisteis el mapa?

Ante esta pregunta pierde la actitud lastimera y se atreve a arquear ligeramente los labios en un principio de sonrisa que freno con un puñetazo. Lo empujo y lo dejo boqueando en el suelo lo que tardo en encontrar una barra. Falta grave, le digo. Lo siguiente es un golpe seco y definitivo a la cabeza. Le ato unas cuerdas a los pies y lo engancho a la silla del caballo. Siempre ha sido fácil resolver los problemas de este pueblo. No he tenido que hacer ninguna llamada ni he tenido que pedir ayuda.

Me subo al caballo, chisto al perro. Vamos, vamos, hay que dejar a este en el hoyo, les digo. Luego iremos al bar. Me van a poner un desayuno completo.

7

A primera hora ya había hombres allí bebiendo alcohol. Siempre caía algo al inicio del día, luego venía otra copa en el descanso de media mañana, otra antes de la comida, otra al terminar y la de media tarde, que enganchaba con la de después de cenar y la última antes de irse a dormir. En este único bar del pueblo bebían con cara de perro, acodados en la barra. A pesar de que no le queda con quién compartir vaso, el viejo no ha cambiado la costumbre. Conozco sus horarios y sé que es aquí donde lo encontraré, la casa se le cae encima.

El camarero cruza una mirada de reojo con el viejo cuando me ve aparecer. Es un código de desconfianza. Pido café y tostadas, y el camarero, emisor y receptor de cartas, confesor y delator, gruñe y se pierde en la cocina dejándome a solas con el viejo. Este apenas ha levantado las cejas para saludarme y ha regresado a su aburrimiento etílico. Corro un taburete para sentarme a su lado. Con pereza me dice: vaya, volvemos a vernos. ¿Cómo tú por aquí ahora? Estaba borracho al amanecer y ahora lo está aún más. Dudo que se haya enterado de nada y espero que me lo cuente todo. Vengo a desayunar porque el tema del robo del carnicero me tiene con hambre, le digo. Pero jefe, si te llamó y te dijo que lo había encontrado.

Se me queda mirando con una sonrisa de suficiencia. No sabe que por mucho menos de lo que él ha hecho otros han desaparecido. Con esa ligereza de la victoria vuelve al vodka y da un trago largo. Veo su lengua repasar el cristal. Luego se limpia con la manga y dice: Bueno, yo me voy, que hay mucha faena. Pero lo agarro por el brazo. Noto cómo sus músculos se tensan entre mis dedos. Poco nervio para mí. La edad y el alcohol debilitan. Tengo todo a mi favor. Sé que le hago daño, pero se aguanta.

Oye, dime, ¿seguro que lo de la mano te lo hiciste con el caballo?

No tiene pinta de torcedura, le digo. Parece más bien como si hubieras golpeado algo. Y le aprieto con el pulgar en la zona más hinchada. ¿O será que golpeaste a alguien? Aparta de un tirón la mano y dice: Suelta, ya está recuperada, no tienes por qué preocuparte. Antes de que salga por la puerta le chisto. Al girarse se topa con mi sonrisa, mucho más amenazadora que mi presión sobre su brazo. Qué quieres, me pregunta con hastío. Callo lo que le iba a contestar. Que lo sé, lo del dinero y en qué os lo habéis gastado. Sin desdibujar la sonrisa, le doy la espalda. En su casa fue él quien me la dio. Un duelo de espaldas. Sin palabras y sin balas. Se oye el portazo.

El camarero me planta delante el desayuno como hacían en el cuartel. Trata de esconder sus penas en una barba abandonada. Carga con los lamentos de los borrachos que le mendigaban vales por un trago más, pero ahora le faltan esos parroquianos con los que al menos podía reñir. Bajo los ojos lleva subrayada la herida del adiós. Todos la tenemos, ese trazo negro y grueso, epílogo de tantas generaciones. Según deja el plato regresa a la trastienda.

El viejo reaparece y me agarra de la pechera. ¿Qué hacen el caballo y tu perro ahí fuera? Las preguntas las hago yo, no lo olvides. Ahora mismo necesito al perro tanto como la pistola, ¿entiendes? Y miro mi abrigo como si ahí guardara el arma. ¿Algo que decir? Insisto. ¿Alguna idea de dónde ha ido a parar el dinero del pobre carnicero? Y silabeo *pobre* con el tono más irónico. Me retiene a escasos centímetros de su cara, pero tengo margen de maniobra. Cojo barro de la bota y mientras se lo extiendo por las mejillas le digo: Deja ahí fuera al caballo. Antes me pareció que estaba enfermo, como drogado. Voy a llamar al veterinario para que le haga una primera revisión por videoconferencia. Tampoco he visto muy bien a tu perro. ¿Se te ocurre qué les puede pasar?

En su respiración exhala un tufo etílico. Tiene los ojos cargados. Tengo que hacer un esfuerzo para no poner encima de la barra las balas y el mapa. El carnicero cantó sin mucha pregunta, pero este no parece dispuesto a confesar. Estás como una cabra, dice, y de un empujón me tira al suelo. Mientras me incorporo lo veo intentando quitarse el barro de la cara con gesto de asco. Con su torpeza logra

extendérselo más. Escucha, acaba con esto y déjame desayunar en paz. Confiesa de una vez. Pero parece dispuesto a callar para siempre. Cuando de nuevo hace ademán de marcharse, sin pensarlo, le separo el abrigo del cuello y le muerdo con rabia. Al momento se oye un relincho profundo y prolongado y la puerta se abre con un golpazo. El perro entra ladrando con furia. Agarro una bala y aprovechando que el viejo abre la boca para gritar se la meto hasta la yugular y luego le cierro la mandíbula con las dos manos. A mis pies el perro gruñe y suelta ladridos secos de advertencia. Está en tensión, contiene su ataque. Sabe que tengo controlada la presa. Escupo asqueado por la piel rugosa y seca de reptil. Con su tozudez, ha traspasado el límite, me ha provocado demasiado. Otro golpe más, esta vez en la barra, me hace girar la cabeza. El camarero ha gritado un ¡quieto! y veo que me apunta con una escopeta. Son todos unos insensatos. Qué se han creído. No se dan cuenta de que la guerra ha vuelto a mí. No me conocen. Saben de mi pasado, que pasé por todas las guerras, la del agua, la del gas, la del trigo, que sobreviví, pero no saben cómo, cómo me salvé de secuestros, persecuciones y ataques. Lo anulo con un golpe seco en el cuello. En sus ojos veo la mirada de tantos otros, atónitos ante la transformación de su iris en una cueva oscura. Aprovecho el desconcierto del camarero para quitarle la escopeta y clavársela entre las cejas. Sal de ahí, fuera. Obedece aturdido, con las manos en alto, hasta que un par de pasos más allá se desploma. Me agacho para escuchar su respiración. Vive. Salto por encima y entro al almacén.

Doy la luz y me rodea un espacio a rebosar de cajas apiladas en el suelo y las estanterías. Hay un orden cronológico marcado con rotulador negro según la fecha de caducidad o de entrega. Las cierra la típica tira adhesiva amarilla y verde de la Central. En algún lugar del cartón todas tienen estampado el sello del escudo con los dos zorros árticos y el nombre de nuestra región. Hay bebidas, latas de conservas para un lustro. Nos quieren entretenidos y saciados. Podría estar abriendo cajas horas y no hay tiempo. Rebusco aquí y allá y encuentro medicinas, mudas, ropa de cama, toallas, calzado y finalmente llego a la zona de ferretería. Cuerdas y cinta aislante, con

eso basta. Salgo y veo que el perro vigila al viejo, que está saliendo del letargo. Mueve con lentitud la cabeza a un lado y otro, estira las piernas y balbucea. Aún quiero rebuscar más entre las cajas. Pero se incorpora, se queda sentado doblado sobre sí mismo tosiendo con fuerza hasta que veo que el cartucho sale escupido de su boca. Gira la cabeza, continúa tosiendo, me apunta con el dedo con la otra mano en el pecho, le dejo su tiempo. Recoge del suelo la bala, la aprieta en el puño y habla. Al fin habla.

¿Creías que nos íbamos a quedar parados toda la vida? Somos cazadores. Y nos queda poco. Van a tener el resto de la eternidad para reproducirse y nosotros ya no estaremos aquí. Qué te importa. Mira y se mete la mano en el bolsillo, se levanta con dificultad, apoyado en el codo primero y en la otra mano después. Luego camina hacia mí y me tiende un fajo de billetes. Guárdate esto. Mándale algo a tu hermana o gástatelo en una pierna nueva. Todavía hay sitios en los que no han alcanzado el cupo y con esto puedes empezar. ¿Qué te parece, eh?

Cojo el dinero y lo guardo. Gracias, me servirá para prender la chimenea. Hijo de puta es lo primero que me suelta, pero la boca se le va calentando y sigue: Qué fácil fue engañarte, cómo sabía que mi sobrino te embaucaría, lo clavó el chaval. Por qué no te vas detrás de él, dice. Por mí puede seguir, ni me duele ni me ofende. Y sigue.

Mientras me insulta le ato con agilidad piernas y manos. La memoria guarda los movimientos mecánicos con más fijeza que las palabras. No he olvidado la técnica ni he perdido destreza. Sé que me habla, pero he entrado en un modo en el que el cuerpo solo actúa. He dejado a un lado cualquier información que no me sirva para anularlo. Lo arrastro y lo pongo boca abajo en la pared contraria a la del camarero, que sigue inconsciente. Dos fardos alejados. Regreso al interior y ahora sí, con tranquilidad, busco las cajas sin sello, sin banda y sin números escritos con rotulador negro que estoy seguro que encontraré. Siento los pasos del perro, se une a mi búsqueda. Yo miro y él olfatea.

Buen chico, le digo, y le revuelvo el pelo de la cabeza. Sube las patas sobre mis piernas y entiendo que quiere que lo siga. Da un par

de saltos, se cuela en un hueco entre cajas en el que no había reparado, tres filas más allá, casi a oscuras. Un escondite. Se coloca al lado de una caja grande, y mientras me mira, la lengua fuera y un jadeo que parece una risa, mueve la cola a modo de aviso. Claro, una caja grande, y al abrirla, un montón de cajas pequeñas. Matrioskas cargadas de pólvora. Bien. Mal. Todo a la vez.

Salgo del almacén y me siento en el suelo de madera del bar. Tablas rotas, agujereadas y una capa de polvo insultante. Bien podría pasar de vez en cuando la fregona. Las manos se llenan de suciedad, manchas muy distintas a las del barro. Apoyo la espalda en la pared y alargo las piernas. Vuelve la tos. Tengo a mis prisioneros a la vista, uno en cada extremo de la sala, bajo control. El perro se acerca y posa la cabeza sobre mi regazo. Su calor es esperanza. Es curiosa la vida cuando su latido nos calma.

6

Mi fe maltrecha es una herida que no cura, que escuece al aire y arde tapada. Latente, agónica, sin resolver, me acompaña. Añoro sus años de eficacia, cuando me fiaba de ella como de una brújula. Todo el pueblo rezaba junto y no había dudas. Miro al perro, ¿en qué creerá él? Saco del bolsillo la fotografía del sueño. Ahora son los sueños los que me hablan de lo inaudito, pero no reconozco sus códigos. La fe es una mezcla posible entre fantasía y realidad. Pero he perdido esa capacidad de conjugación, ahí radica el problema. Se fue derramando por las fisuras entre gritos y explosiones. Se terminó la inocencia de creer que alguien me protegía. Recuerdo la estampa del santo que encajaba mi padre en la parte superior del calendario. Coronado y con la mano tocada por un destello divino nos deseaba suerte con sus dedos corazón e índice cruzados. Suerte para que el tiempo fuera benévolo con nuestras cosechas. Observo al caballo de mis sueños, galopa hacia la derecha, sus cuatro patas suspendidas en el aire y la cola como una ondulación de elegancia y rapidez. ¿Es también un deseo de suerte? ¿Qué me quieres contar?

He sufrido dos robos, el del sueño y el del mapa. Siento que hay una conexión entre ambos papeles, el zumbido es claro, pero no logro identificarlo. Pero ya está bien, mejor descansa la mente y actúa. Haz como el perro. ¿En qué piensas? Somos iguales, perros soldado, pero tú pareces relajado y yo tengo un bosque lleno de animales a los que proteger. En el mapa están marcados los puntos donde se ubican las cámaras de vigilancia. El aviso de fallo saltó una noche de la pasada semana; unos días después apareció el de error de conexión y en varias ocasiones la imagen era demasiado borrosa. Lo primero lo achaqué a un temporal de viento. Se solucionó. Lo segundo entra dentro de lo normal cuando hay cambios bruscos de temperatura.

Me levanto y voy al teléfono. Marco el número de la Central y pido

hablar con quien gestiona los repartos. La última vez que aterrizó el helicóptero yo estaba en casa, recluido por voluntad propia, tocado y hundido. Recuerdo que escuché el rotor y que sin comprobar la entrega zanjé con una frase que todo había llegado correctamente. Di por hecho que si faltaba algo el camarero me avisaría. Pero ni llamó para preguntarme por qué no había ido.

Nadie llamó a mi puerta esos días, nadie telefoneó siquiera. Ahora ya sé lo que valgo aquí. Cuando otros fueron echados en falta, fui avisado y entré en casas en las que olía a muerto. Mía fue la labor de comunicar, transportar, quemar, sellar. Está claro lo que planeaban conmigo.

Tuve que hacerme el olvidadizo al preguntarle a la telefonista quién voló esa última vez al pueblo, y, extrañada, me respondió que el de siempre, ¿quién si no? Solicité entonces que se adelantara la siguiente visita, habíamos tenido una epidemia entre el ganado. No podíamos permitirnos una montaña de animales muertos tan cerca de la franja. Vacas, ovejas, cerdos y gallinas. Hasta perros. Entré en un delirio peligroso para la credibilidad. Incluso apilados en la fosa el olor sería insoportable y nos pondría en una situación complicada. La mujer dijo que llamaría también a un veterinario y a un médico, pero se lo quité de la cabeza. El problema ya estaba resuelto. Había sido por un pienso caducado, pero que no diríamos nada. Se lo prometí en un susurro. No les íbamos a comprometer con esa negligencia, un error lo tiene cualquiera, añadí. Ella guardó un silencio dubitativo, tal vez alejó el aparato y miró a alguien cuestionando lo que acababa de escuchar y si ahora era cómplice de un delito. Durante ese instante en el que a centenares de kilómetros una telefonista dudaba, el camarero jadeó. Así que tosí y le recordé que era urgente y que por favor viniera en el día, que estábamos perdiendo tiempo, que llegara antes de que cayera la noche. Sé que pueden hacerlo. Pedimos poco y cumplimos una misión importante. Deben hacernos caso cuando lo necesitamos; y un montón de carroña en la oscuridad es una situación crítica en la franja. Colgué con su compromiso de que salían de inmediato.

Tenía por lo tanto poco más de una hora. Aun así, perdí algo de tiempo en buscar ropa en la trastienda. Cogí calcetines, botas,

guantes, gorro, bufanda, pantalones y un abrigo. Trasvasé las balas, el mapa, la navaja y la foto. Un atuendo nuevo para una fiesta de despedida. Dije adiós al hombre del abrigo. Él me deseó suerte. Antes de abandonar el almacén hice un cálculo de cuánta munición podría haber. Demasiada. Viejos locos, pensé, y reconozco que sonreí ante lo infantil de su gamberrada.

Amordacé y tapé los ojos de mis prisioneros. El camarero se quejaba desde algún lugar remoto; el viejo continuaba noqueado. Luego los arrastré afuera y le pedí disculpas al caballo por el peso exagerado. Aupado a la silla silbé para partir. Emprendimos marcha. En el bar quedó el rifle. No tenía ninguna intención de disparar.

5

Mientras avanzamos, digo en voz alta que estoy aquí para cuidar la franja. Lo grito desde el trono del caballo como el jefe indio que salvaguarda su territorio, y llevo algo más que sus cabelleras. Los que incumplen merecen desaparecer antes que el resto. No os faltaba de nada, solo teníais que vivir sin crear conflictos. Tengo que dar con los mellizos para añadirlos a la lista de problemas solucionados. Ojalá mi sentencia atraviese sus oídos.

Recuerdo el enfado de mi madre cuando mi hermana y yo jugábamos a la guerra, cuando nos disparábamos de mentira y ella nos quitaba los palos que hacían de escopetas. Las armas solo traen desgracias, decía. Éramos niños y nos fascinaba la muerte. Tal vez por la cercanía del nacimiento, quizás era su recuerdo lo que nos hacía jugar a morir. No sabemos nada del lugar del que venimos. No sabemos nada del lugar al que vamos.

Para no encandilarme con el juguete he dejado el arma en el bar, en la granja del viejo, en la de los mellizos y en el cajón de mi zapatero. No la usaré más, mamá. Tengo un objetivo y lo voy a cumplir. Nadie disparará a esos animales. Esta tierra ya no es nuestra. Nunca lo ha sido, ese fue el problema y nuestro error. Creernos propietarios. Capaces de moldear una vasija, de componer una canción, de danzar y besar y, a la vez, empeñados en coleccionar astas de ciervo. Voy a hacer lo que me piden. Esa cacería final no tendrá lugar en nuestra aldea.

De momento estos dos se van a la fosa. Me bajo del caballo con dificultad. Los desanudo. Siguen inconscientes. Los empujo y caen sin la elegancia de los pájaros. Les faltan las alas, les sobran kilos. No hay ruido de impacto, una capa de humus los acoge. Si despiertan tendrán la compañía del carnicero. El hoyo es un cajón por el que se filtra la tierra. Está recubierto por una gran bolsa biodegradable. Es el objetivo para las próximas generaciones,

desaparecer sin dejar huella. Coloco la tapa y me voy a por los siguientes.

El caballo avanza ahora más ligero, el perro nos sigue, ufano, abriendo paso en dirección a la casa de los mellizos. Dispararon cuando yo estaba en el río. ¿Fue al aire o no? Me parece que ha pasado una eternidad desde que levanté a su perro en brazos. Espero que me haya perdonado, yo nunca podré. Esos cazadores han despertado el odio de los peores tiempos. A nosotros, que tantas patatas cocidas hemos comido y tantos guantes hemos remendado al principio de cada invierno, nos dejan vivir con todos los gastos pagados. No les falta de nada y sin embargo quieren morir matando. Malditos sean.

Ahí están. Clavo mi talón bueno y le grito en la oreja ¡ahora!, y agazapado en su grupa nos dirigimos hacia los hermanos. Aparecen por detrás de la casa apuntándonos con sus fusiles, pero esta también me la sé y antes de que disparen he saltado para agarrarlos y golpearlos entre sí. Saco la navaja con rapidez, se la pego a la yugular a uno de ellos y al otro le piso el brazo. Les rodeo el cuello con la cuerda que llevo conmigo. Una lazada prieta y seca que los ahoga. Tratan de aliviar la tensión tirando de la soga. No quiero sangre ni disparos. Ellos mismos han soltado las armas. Les ato las manos detrás de la espalda. Parecen una sirena siamesa, un ser amargo y diabólico. Esta vez no hay tiempo para esperar una confesión voluntaria. Pero dónde ibais vosotros dos y dónde habéis estado. Tengo más preguntas. Saco los mapas, asienten, hablan. Que no fueron ellos. Entonces quién. Sonríen, un par de puñetazos no me van a hacer sentir peor. El golpe va seco y duro a sus estómagos. Les falta el aire para hablar. Las cámaras, balbucean, nosotros las movimos. Voy completando la información. Se ahogan en toses y decido ayudarlos con su relato. Venís ahora de allí, fuisteis esta mañana hasta las cámaras, ¿verdad? Asienten. Pero los mapas no, no entramos en tu casa.

Nadie entró en mi casa a hurtadillas. Nadie extraño habría sido capaz. Ahora lo sé, el perro me defendía, somos compañeros, parte

de un plan inquebrantable. Fui yo el que abrió la puerta al ladrón, el que confundió el instinto del animal. Sus rostros barbudos, una vez pelirrojos, jóvenes, vigorosos y con esperanzas, están muy próximos a darse de bruces contra otras calaveras. Y no lo saben. Todos se han creído muy listos esperando mi debilidad, enviándome a Aki a casa para distraerme. Buena jugada. Tú no eras un marinero, Aki, eras un pirata, igual que yo no soy un simple guarda, también me he convertido en cazador. Me obligaron los cepos caseros con los que me encontré, las sombras en las cámaras, las huellas en las afueras del pueblo. Creían que simplemente corría. Corría y vigilaba, sí, pero no he tenido más remedio que provocar la desaparición de los aspirantes a furtivos. Ha sido una tarea lenta y sigilosa. Y fácil, les faltaban las armas, claro; y ese pájaro que va a aterrizar en unos minutos va a pagar caro haberles vendido esas escopetas con el dibujo de un rayo. Desconozco su procedencia, pero poco importa porque no voy a abrir ninguna investigación. Fulminaré su rayo. Voy a zanjar esto yo solo, como lo he hecho estos últimos años. Les facilito el trabajo a los de la Central y de paso al mundo. Ya quedamos muy pocos aquí y eso es una buena noticia para el objetivo. En los informes que envío aporto pocos detalles. Den de baja a este vecino; apunto alguna hipótesis más o menos creíble y cierro el sobre. La realidad es que nunca me han pedido más pruebas. Tampoco voy a ser tan ingenuo como para pensar que confían en mí. No les importan los motivos, solo quieren tachar otro pueblo de la lista.

Cuando haya terminado con ellos solo quedará la familia del niño. No me detendré a juzgarlos una vez más, será él quien en unos años cuestione a sus padres. O tal vez no y se convierta en el último protector de la aldea, el último hombre, el más salvaje de todos.

4

Cuando Aki anunció que ya se le había pasado el mareo y que por tanto estaba listo para abandonar el pueblo, algo se me rompió. Un vaso que cae contra el suelo, así sonaron los añicos en mi interior. Yo, que abandoné a mujeres a las que amaba porque no quería ningún compromiso, ninguna viuda, ningún huérfano. Yo, que había dado la espalda a sus lágrimas y olvidado sus caricias, sentí por primera vez esa rotura el día que Aki me dijo que se iba. Tal vez eso significa, como ya entonces intuía, que no las amaba. El amor o es visceral e inexplicable o no lo es, y con ellas era capaz de razonar, mala señal. Aunque tampoco eran tiempos para encariñarse. Muchos compañeros se saciaban con otros hombres en el frente, pero yo no. No me costó ningún esfuerzo frenarlos, nunca me tentó el deseo, tampoco los juzgué. Dejé las cosas claras y punto. Aki se reía de mí, que dónde escondía a mis amantes, que le hablara de ellas, me pedía. O, añadía socarrón, ¿más bien tengo que preguntarte por ellos?, y volvía a reír con esa jugosidad que le empapaba la boca. Decía que era imposible tanta soledad, que le enseñara las fotos de mis amores. Anda, no seas tímido, decía, y ladeaba la cabeza y vuelta a ese guiño, a ese destello. Fotos, Aki, odio las fotos, le soltaba con desdén. Y él empeñado en taladrar mi opacidad pregunta tras pregunta. Y yo en mantener un sólido muro.

Aki se sumó a mis carreras. Oye, ¿puedo ir contigo algún día a correr? Te advierto que no te esperaré, le respondí, pero al instante me odié por ser tan seco, no lo merecía, y usando sus códigos me enmendé: ¿Dónde se ha visto correr a un marinero? El envite le encantó. El primer día paraba para tomar aliento cada poco, pero no se rendía. Después fue cogiendo ritmo y forma hasta que su carrera fue continua. A partir de la segunda semana tuve un compañero con el que latir a la vez, y él, al fin, a cielo descubierto, logró que yo hablara. Al trote, en paralelo y con la mirada en la lejanía fui capaz

de contarle cómo los compañeros se convertían en cuerpos que enterrar y los enemigos en hombres que convertir en cuerpos; le hablé de cómo, con mis manos, había retorcido cuellos hasta la asfixia y cómo, con las mismas manos, había aplicado torniquetes y curas. Cómo mis brazos habían levantado cadáveres y los habían tapado con sábanas. También le hablé de alguna de aquellas mujeres; su irrelevancia me resultaba más dolorosa que el relato de las balas. Le confesé que las pesadillas me acechaban y que tenía un cuaderno en el que las escribía. Ese día, al regresar a casa, me preparó su brebaje. Déjate curar, me dijo. Y yo agarré la taza y bebí. Decidí que adiós dureza, que al menos en lo líquido me dejaría masajear. Soñé con serpientes que me rodeaban y desperté sobresaltado con sensación de ahogo. Se lo conté en la siguiente carrera y entonces, una confesión por otra, compartió conmigo su fantasía. Quería irse al sur. Vivir en un perpetuo verano. ¿Te lo imaginas? Su ensoñación me provocó una punzada inesperada entre las costillas. Su huida era una bonita estampa, pero suponía su desaparición. En sus planes no parecía haber nadie más. Era solo él bajo el sol.

No me dijo ven conmigo hasta aquel maldito día. Llegó, como siempre, a lomos de su caballo. Tocó con los nudillos y esperó. Cuando le abrí se quedó en la puerta y me miró muy serio. Le pregunté: ¿Qué pasa, Aki? Pensé: va a suceder, noté los nervios en el estómago, el calor en los labios, sentía vergüenza y deseo, una mezcla que acelera el pulso. Tengo el dinero, respondió sin cambiar el gesto. Esperé unos segundos, el silencio nos atravesó. Ven conmigo, dijo. Nuestros ojos estaban enfrentados, sin distracción, esta vez nos mirábamos. Me acercó la mano y la detuvo en la nuca, atrajo mi cabeza hacia la suya y me besó. La eternidad del ciclo del agua alimentada por derrumbes de icebergs sucedió en nuestros labios. Luego quedaron sellados, mudos, y no volvió a repetir el ven conmigo, pero en mis oídos se repetía el eco y el derrumbe.

Todas sus lágrimas contenidas en una lluvia interna. No, susurré con la boca ardiendo. Aquella mirada prolongada en los zapatos y su silencio deberían haber hecho saltar las alarmas, pero mis sentidos estaban aturdidos. Ahora lo entiendo, rezumaba vergüenza. Prometí

entregar el pueblo, añadí, y él no insistió. Podría haberle rogado que se quedara, podría haber alargado el brazo también yo para atraer su cabeza y devolverle el beso. Tal vez así, equilibrado el deseo, hubiera confesado, pero al no encontrar más que mi frialdad, dio media vuelta. Después de acariciar el lomo de su caballo, sin una última mirada, se fue.

Cerré de un portazo. Me limpié la cara como si tuviera veneno. Golpeé el armario, la mesa, la pared, la chimenea. Mi tobillo contra la escalera, la cama, el suelo, el lavabo. El pie convertido en mazo hasta que al fin se rompió y las lágrimas pudieron liberarse. Un llanto visceral de dolor y rabia. Después de volverme un huracán contra todo y contra mí, salí de casa envilecido, resoplando venganza, con la tensión a punto de reventarme las venas del cuello. Quería patear también a Aki por lanzarme al deseo y luego irse. Uno no puede arder solo en esa caldera. Pero ya no quedaba rastro, ni de él ni del caballo. Se habían esfumado como seres mitológicos.

La lesión es grave, sin curación. El reposo es un engaño.

3

Estos farsantes creyeron que podían engañarme y lo van a pagar. De ellos no ha de quedar más que polvo y ahora ya los tengo. Un golpe seco y los subo al trineo. De camino al hoyo oigo sus balbuceos, todavía los quiero vivos. Me gusta que los gusanos reciban su aliento. He oído que el oxígeno favorece la descomposición. Uno de ellos intenta decirme algo con un quejido. Como respuesta arreo al caballo para que siga. Pero cuando llegamos sigue insistiendo con voz esforzada. El cielo ya no brilla, me parece escuchar al helicóptero en la lejanía. Me bajo del caballo y mirándolo desde arriba le concedo su deseo. Habla, le digo. Incapaz de incorporarse, se apoya en un codo y cae. Aki, masculla como una serpiente, disparamos a Aki. Esa última frase está cargada de venganza. Siento que el suelo arde y tiembla. Él gruñe o ríe. Lo callo de una patada, luego los empujo con el pie como haría con un par de sacos. Ya tengo asumido que quedaré cojo para siempre. Allá van los hermanos a reunirse con su cuadrilla. La caza la harán en el infierno. Los veo caer desde esta orilla en la que me encuentro, desde este abismo entre la vida y la muerte. Así son las guerras, debes decidir si matar o morir. Cierro la tapa.

El helicóptero aparece en el cielo y su aterrizaje silencia a las alimañas que agonizan en el subsuelo. Mi aspecto no me convierte en un hombre del que fiarse. El piloto desciende extrañado y avanza hacia mí. Camina agachado, protegiéndose de las aspas que continúan girando y que delatan sus intenciones de largarse pronto de aquí. Tampoco queda mucha luz. Al llegar a mi lado levanta la cabeza y me palmea la espalda. Mala suerte lo de esos bichos, dice. Y tanto, respondo consciente del doble sentido. Él me señala el reloj y me recuerda los pasos de la operación para llevarse la carga que, aunque sea sencilla y lo hayamos hecho más veces, requiere coordinación. Asiento sin escucharle, solo espero que termine de

hablar deleitándome en cómo su incomodidad ante mi gesto va conquistándole todo el cuerpo y cómo empiezan a temblarle los labios hasta que, al fin, seguro de que está frente a un loco, se calla. Es entonces cuando como un grillete mis manos se cierran alrededor de su cuello. Primero una y luego otra y mientras lo ahogo le recuerdo que las normas que rigen nuestra población pasan por que las armas están prohibidas, que ha cometido un delito gravísimo al vender de contrabando escopetas y munición a unos hombres que bien sabía que no iban a disparar a una lata, y que si esperaba regresar en unas semanas y llevarse las piezas para colocarlas en el mercado negro o darse un festín secreto rodeado de hienas como él, eso no va a suceder. Sé que me ha escuchado, y con ese último mensaje su vida se apaga y lo arrojo junto al resto de despojos.

Tengo prisa, Aki me espera. Las aspas del helicóptero continuarán girando hasta que se agote el combustible.

2

Subo al caballo y le silbo al perro, vamos. Los animales son los verdaderos dioses. Por eso me gusta correr, porque entonces soy solo un mamífero que huye zancada a zancada, sin ambición, sin objetivos. Pisadas, latidos y respiración con las que atravieso el tiempo, tan antiguo como el bosque. Corro como el más primitivo de los seres. Desposeído y puro. Soy el león que defiende el territorio, el lobo que mata para comer, he dado el zarpazo necesario del oso, el justo picotazo del buitre. Soy otro tipo de cazador. No colgaré en un collar los dientes de mis presas ni haré de sus pieles una alfombra. No he matado por la obligación de un gobierno ni de un sargento, no he cazado sin saber por qué. Y como ese ancestro que me habita, guiado por la urgencia, he alcanzado la casa de los mellizos.

La luz en la primera planta me alienta. Me detengo frente a la puerta y compruebo que los hermanos se han saltado la costumbre de no cerrar con llave. Esconden un secuestrado, tiene lógica. Me vale la primera piedra que encuentro. El cristal de la vidriera es grueso, pero no tanto como mi empeño. Meto el brazo para girar el pomo. Al entrar siento el chasquido. Nuevos añicos bajo mi bota que arañan los escalones que he de subir agarrado al pasamanos. Arriba, la luz. Me arrastro pegado a la pared. Está abarrotada de fotografías de caza y algunos marcos caen a mi paso. Me asomo a la habitación conteniendo el aliento. Aki está tirado en el suelo, boca abajo. Lo poco que puedo ver, aquello que no es tela ni caucho ni plástico, es pálido y azulado. La sangre se le ha escapado por los pies. Un charco como pedestal. No deja de tener su gracia. Si la vida aún tuviera espacio para anécdotas, contaría esta. Me reventé el tobillo a golpes por él y, ahí está, le han volado los dos pies. Doble ración de castigo, diría antes de soltar una carcajada en la cantina en la que un grupo de descreídos reiríamos nuestras batallas. Así era en la

guerra. Pero esto es distinto. Me acerco con la cautela que impone la inmovilidad de un hombre. Ante Aki no soy el soldado capaz de voltear y comprobar si hay aliento, si la pupila responde o no. Sé que me ha robado, sé que me drogó, sé que me embaucó, que era parte del plan, que recibió el dinero convenido para huir al sur. Pero también sé que regresó, y eso anula todas sus faltas.

Trabajo hecho, botín cobrado, pero volviste para advertirme. Te arrepentiste, ¿verdad? Ese sol debió resultarte abrasador. Querías confesar, pedirme disculpas, redimirte, pero te cogieron antes de llegar a mi casa. Solo tu caballo logró traspasar las fronteras y colarse en mi cabeza para decirme con su galope lo que sucedería. Tú lo mandaste. Y la foto es la prueba. He tardado en darme cuenta. Si en el momento mi mente hubiera sido otra, una más lúcida, habría sabido de tu regreso. Habría llegado a tiempo para rescatarte. Porque no te mataron al instante como tampoco lo hizo el viejo con el carnicero. Porque solo se atreven con los animales. Un tiro en el pie para evitar la huida. Debiste soñar conmigo allá en el sur. Nuestros sueños se unieron porque yo también soñé, en una de esas noches de regalo, sin pesadillas, en las que recuperé el beso. ¿Fue así tu sueño? Tuvo que serlo, porque entonces decidiste volver. O tal vez regresaste solo para advertirme del día elegido para la caza. No me importa el motivo. Volviste.

Apoyo la frente sobre su pecho con los ojos aún cerrados, porque son innecesarios, porque la vista corrompe. La piel está azulada, pero su corazón late. Cojo el cuerpo de Aki, recupero la fuerza, y como a un niño grande lo llevo en volandas. El caballo resopla al sentir la carga sobre el lomo y a continuación relincha. El perro se sube a mis piernas en busca de respuestas. Somos una familia, los cuatro. Le acaricio la cabeza al perro. Sonrío, soy consciente. Me aúpo a la silla, entre la cabeza del caballo y mi cintura va el cuerpo de Aki como un fardo de esperanza. Coloco mi mano sobre su espalda. Respira.

1

La oscuridad está muy próxima, en unos minutos será noche cerrada. Cabalgo hacia la cueva. Soy un centauro al rescate. Abro el candado y a continuación cierro el paso a conciencia. Descendemos como culebras y nos tumbamos sobre el mismo suelo en el que otros narraron los cuentos que explican el cosmos. También yo te voy a contar uno mientras viva, Aki. El del nuevo mundo. Para que tu respiración se apague tranquila te hablaré de los árboles que repoblarán el paisaje, de cómo sus semillas germinarán entre las ruinas, te contaré que el río recuperará sus brillos, que los animales colonizarán nuestras calles y las convertirán en pasto y refugio. Te cantaré la nana del rey lobo y la del pequeño fuego y la del ciempiés. Apenas las recuerdo, pero sé que con solo empezar regresaran esas letras que nadan aún intactas en mi sangre. Espero que las paredes las retengan y su eco nos las devuelva como un mantra de despedida cuando a mí ya no me quede voz. Si algo bueno hemos dejado los humanos es la música. Lo demás son huesos sobre huesos.

El caballo y el perro esperarán unas horas, quizás unos días. Sus reclamos desde fuera no serán reproches. Irán en busca de comida. Tal vez crucen la frontera o acudan a la casa del niño. Sobrevivirán.

Saco la foto antes de cerrar los ojos. Las manchas blancas se han extendido por la imagen. También hay restos de hierba y barro que recojo con el índice y extiendo sobre los arañazos que he ido acumulando. Cierro mis heridas. Coloco a Aki boca arriba. Saco más barro de las botas, hay materia suficiente para creer en el milagro. Con él cubro sus sienes, su mandíbula y sus párpados. Coloreo su cara. Color y calor son dos palabras cercanas. Los ritos son importantes y ahora siento que podemos hablar. Dime, ¿a qué volviste? Se lo susurro al oído y a continuación, arrodillado, reposo la cabeza en su pecho para escuchar la respuesta. Espero que mi voz

reverbere en su organismo. Sentir que aún respira me vale como respuesta. Ese mínimo aliento iluminará la cueva hasta que nos apaguemos juntos. Me tumbo a su lado, lo acerco a mi cuerpo, con mis rodillas doblo las suyas, paso el brazo sobre su hombro y el otro por debajo de su cuello. Antes deslizo entre mi pecho y su espalda la fotografía.

Cuando nos encuentren, si es que sucede, no sabrán nada de nosotros, seremos vestigios del sueño de la humanidad, mitología y trabajo arqueológico en unos cientos de años. No entenderán qué significa ese caballo. Pero de lo que no quedará duda es de que los hombres fueron también capaces de cuidar. Abrazados para siempre, últimos testigos, soñaremos por fin sin pesadillas.

0



Me siento muy honrada de haber contado con el criterio de Ricardo Menéndez Salmón y la implicación de Julio Llamazares. Ambos serán para siempre parte destacada de mi memoria sentimental de *Las fronteras*. Antes que ellos, comentaron el manuscrito Kike Díez, Ángel Heredia y el bibliotecario Manuel González. Tres escuderos fieles y exigentes.

Gracias también al escritor y traductor Paco Álvarez, siempre generoso. Agradezco la fe de mis amigas Neli Castro y Beatriz Gómez, con quienes brindé por la suerte una noche en la cabaña de Peña Mayor. Gracias de corazón a Jorge Salvador Galindo por la maravillosa previa, y a Julio Guerrero y todo el equipo de Ediciones Siruela por confiar en esta historia. Y gracias a la artista Covadonga Valés Moré por su caballo soñado.

Quisiera además honrar la memoria de dos autores queridos e inspiradores: Xuan Bello y Fran Gayo.

Esta novela es para mi padre, que, preguntado en un tribunal militar sobre qué quería ser, respondió: «Soy persona y quiero seguir siendo persona». Y para mi madre, que lo ayuda en su deseo.